

SETENTA VECES SIETE



Richard Simonetti

Richard Simonetti
SETENTA VECES SIETE



SETENTA
VECES SIETE

Richard Simonetti

ÍNDICE

SI TU PERDONAS	5
1.- LAMEQUES Y AGRESIVOS	8
2.- LA DUREZA DE LOS CORAZONES	14
3.- POR CAUSA DEL REINO DE DIOS	20
4.- YA VIMOS ESA PELÍCULA	25
5.- ALGO MUY PELIGROSO	31
6.- ALLADO DE JESÚS	36
7.- BARTIMEO, EL CIEGO.	43
8.- EL PUBLICANO ATRIBULADO	49
9.- LA RESURRECCIÓN DE LÁZARO	54
10.- SEMANA DECISIVA	61
11.- LA HIGUERA QUE SECÓ	66
12.- DE CESAR Y DE DIOS	73
13.- LOS QUE NO PUEDEN MORIR MÁS	78
14.- EL MANDAMIENTO MAYOR	84
15.- ¿QUIÉN PAGA?	89
16.- EL DISCÍPULO ENGAÑADO	93

...el papel de Jesús no fue simplemente el de un legislador moralista, sin otra autoridad que su palabra; él vino a cumplir las profecías que habían anunciado su venida; provenía su autoridad de la naturaleza excepcional de su Espíritu y de su misión divina; vino a enseñar a los hombres que la verdadera vida no está sobre la Tierra, sino en el reino de los cielos; a enseñarles el camino que conduce a ella, los medios de reconciliarse con Dios y prevenirlos sobre la marcha de las cosas futuras, para el cumplimiento de los destinos humanos.

Allan Kardec, *Evangelio según el Espiritismo*, Capítulo I

SI TU PERDONAS

Hipérbole es una expresión exagerada, que engrandece o disminuye la realidad. Jesús la usó, frecuentemente, en frases famosas:

* *Más fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja, que el rico entrar en el Reino de Dios. (Marcos, 10:25);*

* *Si tu mano te hace caer, córtala; mejor te es entrar a la vida manco, que teniendo dos manos e ir al infierno. (Marcos, 9:43);*

* *Así será al fin del siglo: saldrán los ángeles, y apartarán a los malos de entre los justos, y los echarán en el borno de fuego. Allí será el lloro y el crujir de dientes. (Mateo, 13:49-50);*

* *A cualquiera que tuviere, le será dado; y a cualquiera que no tuviere, aun lo que parece tener le será quitado. (Lucas, 8:18);*

* *No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los puercos; no sea que las pisoteen, y se vueban y os despedacen. (Mateo, 7:6).*

El objetivo era llamar la atención y fijar la enseñanza, en un determinado contexto.

Tal la expresión “no siete veces, sino setenta veces siete”, con que el maestro respondió a Simón Pedro, cuando le preguntó cuántas veces debía perdonar a su hermano. (Mateo, 18:22).

El maestro enfatizaba que no construiremos nada de bueno en la sociedad terrestre, mientras no aprendamos a perdonar al prójimo, en sus deslices. Cuando lo hacemos, incondicionalmente, tantas veces como nos perturbe nuestro hermano, conservaremos, la propia integridad, evitando roces y desgastes que nos perturban; eso cuando no desembocan en acciones intempestivas, que complican la jornada humana.

Pienso, también, en los beneficios del perdón, que se expresa en la tolerancia, como instrumento altamente eficaz para la extensión de nuestros horizontes.

Un ejemplo, amigo lector:

Si perdonas, hasta lo ilimitado sugerido por la expresión evangélica, los deslices de este escriba, en la apreciación de este libro...

Si sustentas el interés, hasta la última página, algo acrecentará, espero, en tus conocimientos sobre la vida de Jesús.

De paso, ejercitarás una inestimable virtud evangélica:

¡La persistencia!

Establezco continuidad, aquí, a los comentarios en torno de la vida de Jesús, extendidos en cuatro obras anteriores:

“Paz en la Tierra”, del nacimiento al inicio de su apostolado.

“¡Levántate!”, primer año.

“¡Tu fe te salvó!, segundo año.

“¡No peques más!” parte del tercer año.

Notará, el lector que me acompaña, el empeño en establecer una cronología, desde las circunstancias que marcaron el nacimiento de Jesús.

No obstante, aunque tengamos una historia extendida en varios volúmenes, cada uno de ellos encierra sus propios enfoques, relacionados con un determinado periodo de la epopeya evangélica.

En este libro acompañamos las últimas acciones de Jesús, antes del Drama del Calvario, que pretendo comentar en el

RICHARD SIMONETTI

próximo y último volumen de esta serie.

La idea, como he resaltado, es ofrecer al lector una reflexión en torno a los principales episodios, acompañando la trayectoria del Celeste Mensajeo.

Es el primer paso, en favor de la vivencia cristiana, en el tránsito glorioso para una existencia más feliz y productiva.

Bauru SP, junio de 2002

1.- LAMEQUES Y AGRESIVOS

Mateo, 18:21-35

En el tercer año de apostolado, que sería el último, Jesús peregrinó por Perea, una de las regiones administrativas de Palestina. Suelo árido, era menos populosa que Judea, Galilea y Samaria.

Los evangelistas no hacen referencias específicas a las ciudades visitadas, pero, como siempre, significativas lecciones fueron administradas.

Aun en Cafarnaúm, en Galilea, el Maestro abordó uno de sus temas predilectos - el perdón.

En beneficio de la causa, los cristianos no deberían guardar resentimientos, amarguras, rencores...

Hablaba en cierto momento, al respecto del asunto, cuando Simón Pedro hizo la famosa pregunta:

- *Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que pecara contra mí? ¿Hasta siete?*

Según la orientación rabínica, razonable perdonar las ofensas hasta tres veces. Revelando haber asimilado los nuevos principios, Pedro, en un rasgo de buena voluntad, pensó en elevar ese límite.

Jesús fue más allá:

- *No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete.*

Evocaba el Viejo Testamento.

Cuando Caín mató a su hermano Abel, por envidia, Jehová, por castigo, lo condenó a vagar sin destino.

.... *vagabundo y extranjero serás en la tierra* (Génesis: 4-12). Caín se lamentó.

Si partiese solo, sin protección, podría ser muerto por algún desconocido. Temor infundado.

¿Si existían solo Adán y Eva; si los dos tuvieron como hijos Abel y Caín; si Caín mató a Abel, quién podría amenazarlo?

Sorprendentemente, Jehová no llevo en consideración ese disparate y proclamó que si alguien lo matase seria castigado hasta siete veces.

Caín partió.

Posteriormente, en otra de esas increíbles contradicciones del Viejo Testamento, encontró a una mujer y con ella se casó. Después fundó una ciudad.

¡Una ciudad!

¿De dónde vinieron sus habitantes?

¿De dónde vino la mujer de Caín?

¿Serian tripulantes de un platillo volador?

¿Los primeros extraterrestres?

Caín dejó una descendencia.

Su tataranieta, Lamec, estaba casado con dos mujeres, Ada y Zila, en una de esas liberalidades de Jehová con los hombres. Podían tener tantas mujeres como pudiesen mantener, lo que no era difícil en aquellos tiempos lejanos. No había industria de la moda, ni cosméticos...

Lamec era un individuo de malos temperamentos, de esos que

no llevan escándalos para casa.

Cierta vez, dijo a las esposas (Génesis, 4:23-24):

...Que varón mataré por mi herida, y un joven por mi golpe; que siete veces será vengado Caín, pero Lamec setenta veces siete.

El troglodita expresaba el espíritu de su época. Espíritu de venganza, de no llevar escándalos para casa, institucionalizado en la expresión ojo por ojo, diente por diente, atribuida a Moisés (Éxodo, 21:24).

Jesús invierte su propuesta e inaugura un nuevo tiempo, con el perdonar setenta veces siete, que equivale a perdonar siempre.

Los Lameques de la vida no pasan de personas con tendencias agresivas.

En el libro Acción y Reacción, de André Luiz, psicografía de Francisco Cândido Xavier, capítulo IX, dice Silas, dedicado médico de la espiritualidad:

- La acción del mal puede ser rápida, pero nadie sabe cuánto tiempo exigirá el servicio de la reacción, indispensable al restablecimiento de la armonía soberana de la vida, rota por nuestras actitudes contrarias al bien...

La tontería de un minuto puede resultar en decenios de sufrimientos para arreglar los estragos que hacemos en nuestra biografía espiritual, cuando no ejercitamos el perdón.

Dos propietarios de un edificio discutieron sobre las plazas de un garaje colectivo. Se irritaron. Gritaron. Se ofendieron, con la inconsecuencia de quien habla lo que piensa, sin pensar en lo que habla.

Como no podía faltar, cada cual “homenajeo”, a la madre del otro, atribuyéndole aquella profesión poco recomendable.

Finalmente, el más fuerte agredió al más débil. El más débil sacó un arma y disparó al más fuerte.

Resultado:

Uno para el cementerio, otro para la cárcel. Ambos se comprometieron infantilmente.

El muerto retornó prematuramente a la vida espiritual, interrumpiendo sus compromisos, situándose en lamentables desajustes.

El asesino asumió deudas cuyo rescate exigirá muchas lágrimas y tribulaciones. Eso sin hablar de las familias desamparadas...

Y si cónyuge e hijos se comprometieron en vicios y desajustes, favorecidos por la ausencia del jefe de la casa, todo eso les será añadido a su deuda.

No es raro, esos desentendimientos generan insidiosas obsesiones. El muerto se transforma en verdugo, agarrado por el deseo de hacer justicia con las propias manos. Y nadie puede prever hasta donde irán los furiosos combates espirituales entre los dos desafectos, uno en la Tierra, otro en el más allá.

¿Todo eso por qué?

Porque erraron en la decisión de la palabra en sus acciones. Usaron la palabra venganza.

Lo correcto sería el verbo perdonar.

¡Perdonar siempre!

¡Venganza nunca!

Lección elemental, en las enseñanzas de Jesús.

En el libro “En el mundo mayor”, de André Luiz, psicografía de Francisco Cândido Xavier, capítulo X, dice Calderaro, sabio mentor:

- El odio extermina diariamente a criaturas en el mundo, con la intensidad y eficacia más arrasadoras que las de todos los cañones de la Tierra tronando la vez. Y más poderoso, entre los hombres, para complicar los problemas y destruir la paz, que todas las guerras conocidas por la Humanidad en el transcurso de los siglos.

Esas juiciosas observaciones no hablan solamente de las personas que reaccionan a las ofensas. Hablan también de aquellas que, teniendo la voluntad de estrangular al ofensor, se tragan la propia ira. Beben el veneno infundido por el odio, ofreciéndose al desajuste. El resentimiento mina nuestras energías y debilita los mecanismos inmunológicos.

Hay una cantidad inmensa de males físicos y psíquicos resultantes del auto- envenenamiento, cuando cultivamos amarguras en el hogar, en la calle, en el lugar de trabajo...

El perdón evita que nos nutramos de nuestro propio veneno.

Hay algunos equívocos.

Las personas afirman perdonar. Sin embargo, hay siempre el “pero”, anunciando variadas formas de no perdonar.

Rencor:

- * ¡Perdono, pero no olvido el mal que me hizo! Condenación:
- * ¡Perdono, pero no quiero verlo nunca más! Menosprecio:
- * ¡Perdono, pero lamento haberme involucrado con ese infeliz que no tiene a donde caerse muerto!

Maldición:

- * ¡Perdono, pero Dios lo habrá de castigar! Pretensión:
- * ¡Perdono, pero antes le diré unas cuantas verdades!

En cualquiera de esas alternativas infundimos el resentimiento que nos envenena.

Mejor incluso es no tener que perdonar. No es difícil. La fórmula mágica se llama comprensión. Nadie es intrínsecamente malo. Somos todos hijos de Dios. No podemos exigir de las personas más de lo que pueden dar. Hay más fragilidad que intencionalidad en los perjuicios que nos causan.

La comprensión dispensa el perdón. Quien comprende no se ofende.
Era lo que Jesús hacía.

2.- LA DUREZA DE LOS CORAZONES

Mateo, 19:1-9

Marcos, 10:1-12

En el tiempo de Jesús, desde largo tiempo, vigorizaba entre los judíos la poligamia. Detalle machista, típico de la época: beneficiaba a los hombres.

¡Las mujeres, ni pensarlas!

Los grandes líderes de la raza, de entre ellos David y Salomón, tuvieron varias esposas e incontables concubinas.

Consta que Salomón montó un harén particular con cerca de mil mujeres para servirlo.

¡Un prodigio de virilidad! Un enredo diario, llevaría cerca de tres años para, según el eufemismo bíblico, “conocerlas”.

Eran tiempo difíciles para la mujer.

No pasaba de esclava del hombre, objeto de sus deseos...

Su amo y señor podía librarse de ella cuando bien quisiese. Bastaba entregarle una carta de divorcio y listo – la unión estaba desecha.

Recordando una regla de fútbol, le mostraba tarjeta roja.

Era como un jefe despidiendo a la empleada. Y nada de indemnización por derechos adquiridos, fondo de garantía, vacaciones, máxima dedicación...

Imaginemos a la esposa, preguntando, afligida:

- ¿Qué hice mal? ¿Dónde fallé? Y el marido:
- Me cansé de tu comida. Más allá de eso, con cincuenta años estás muy pasada. Decidí cambiarte por dos de veinticinco...

La cuestión del divorcio fue abordada por Jesús en Perea, respondiendo a las preguntas maliciosas de los fariseos.

Como siempre, procurando comprometerlo, abordando temas polémicos, le preguntaron, delante de la multitud:

- *¿Es lícito al hombre repudiar a su mujer por cualquier causa?*

La ley mosaica permitía el repudio.

¿Iría Jesús, condescendiente con las mujeres, contrariar las escrituras?

Como siempre, el Maestro salió con sabiduría, aprovechando la oportunidad para ofrecer una nueva visión sobre el casamiento:

- *¿No habéis leído que el que los hizo al principio, macho y hembra los hizo? Y dijo: Por tanto, el hombre dejará padre y madre, y se unirá a su mujer, y serán dos en una carne. Así que, no son ya más dos, sino una carne; por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre.*

Preguntan los fariseos:

- *¿Por qué, pues, Moisés mandó dar carta de divorcio, y repudiarla?*

- *Por la dureza de vuestro corazón Moisés os permitió repudiar a vuestras mujeres; pero desde el principio no fue así. Y yo os digo que cualquiera que repudiara a su mujer, si no fuera por causa de infidelidad, y se casara con otra, adultera; y el que se casare con la repudiada, adultera.*

Jesús eleva el casamiento al estatus de compromiso delante de Dios. No puede, por tanto, subordinarse a los caprichos masculinos.

Los fariseos contestan, recordando la autorización de Moisés,

a lo que Jesús enfatiza que fue por causa de la dureza del corazón humano. Esa insensibilidad sustentaba una costumbre tan arraigada, que Moisés no pudo o no vio conveniente cambiar. La carta de divorcio era un mal menor.

Representaba un avance en el relacionamiento conyugal. Legalizaba la situación de la mujer repudiada, dándole la oportunidad de una nueva unión. Sin embargo, dijo Jesús que en el principio no era así.

En las tradiciones más antiguas envolviendo el Viejo Testamento, no se observa la utilización frecuente de la carta de divorcio. Jesús deja bien claro que el casamiento es un compromiso para toda la vida.

Aceptable la separación solamente en una circunstancia: el adulterio, cuando el respeto y la confianza, factores indispensables a la vida familiar, son gravemente comprometidos. No obstante, no lo sitúa como regla inamovible.

Es posible preservar el hogar, si el conyugue traicionado se dispone a ejercitar la tolerancia y el perdón en favor de los hijos. Fundamental, en esa situación, evaluar la relación coste y beneficio.

¿Valdrá la pena deshacer una unión, establecer una modificación radical, por causa de la separación del conyugue? ¿Y los hijos, como quedan? ¿Cuándo Jesús dijo que debemos perdonar siempre, no se refiere, también, a esta situación?

Una joven señora, de elevados dotes morales, experimentó una inmensa decepción cuando el marido simpatizó con otra mujer. No obstante, no pidió la separación.

Y explicaba:

- Hay ocasiones en que el esposo debe ser encarado como un hijo rebelde. Así estoy haciendo, a fin de preservar la familia y no causar un daño mayor a nuestros hijos.

Para el hombre común, un disparate, sangre de horchata. Para Dios, una heroína.

La Doctrina Espírita confirma el pensamiento de Jesús sobre el casamiento y hasta nos ofrece informaciones valiosas en favor de la preservación del hogar. Nos muestra que la unión matrimonial no es obra de la casualidad y envuelve compromisos asumidos en la Espiritualidad, antes de la reencarnación.

El en hogar se reúnen amigos y enemigos del pasado, a fin de consolidar afectos y deshacer aversiones, ensayando la fraternidad.

Así, reencontramos en el reducto familiar: El verdugo que debemos perdonar...

La víctima que debe perdonarnos...

El enemigo que viene para la reconciliación...

El ente querido que retorna a nuestra convivencia... El compañero en quien nos apoyamos...

El hermano que debemos amparar... El mentor que nos orienta...

Resurgen en la condición de hijos, conyugue, padres, hermanos, personajes que participan de nuestra historia milenaria, en reencuentros marcados.

La familia representa, encima de todo, la oportunidad de mejorar la propia vida, rehaciéndola en términos de rescate del

pasado y siembra de bendiciones para el futuro.

Si fracasamos, simplemente repetiremos las experiencias, como alumnos, sujetos a los indisciplinados que retoman a la escuela para aprender lecciones no asimiladas, sujetos a los correctivos drásticos del Dolor, esa maestra inflexible de los aprendices obstinados.

Como principio, por tanto, con base en el Evangélico y en la Doctrina Espírita, podemos afirmar que el casamiento debe ser indisoluble. Es compromiso delante de la propia consciencia, una conducta de posición delante de la vida.

Justamente porque la sustentación del casamiento es un problema de consciencia, será inútil instituir leyes que lo tornen indisoluble, como ocurría en Brasil, antes del divorcio.

La idea de que el divorcio actúa contra la familia es absolutamente infundada. Casar y descasar, unir y separar, nada tiene que ver con las leyes civiles.

El hombre y la mujer se unen porque se aman, se desean, se entienden... Se separan porque dejaron de amarse, de desearse, de entenderse...

Necesario que sustentemos la estabilidad del hogar.

La familia es, tal vez, el compromiso más importante de nuestra vida. Pero, negar a aquellos que llegaron a extremos de incompatibilidad el derecho de separarse es un anacronismo.

Estaría bien en el pasado, pero no tiene razón de ser en el presente, cuando el hombre, teniendo discernimiento, no admite cadenas sino las impuestas por la propia consciencia.

Está, si, y no la ley civil, debe decirnos que la puerta del

casamiento está abierta, pero no es conveniente salir.

Nos compete, por tanto, emplear esfuerzos para superar divergencias y desentendimientos en el hogar.

Jesús nos da la fórmula perfecta de cómo podemos hacerlo:

¡Combatir la dureza de nuestros corazones!

3.- POR CAUSA DEL REINO DE DIOS

Mateo, 19:10-12

Cuando Jesús, instituyendo el principio de la responsabilidad matrimonial, proclamó que el hombre no puede abandonar a la mujer a su voluntad, como quien se deshace de una trabajadora del hogar, sus interlocutores se asustarían.

La idea era inconcebible para la mentalidad machista de la época.

¿Cómo imponer sumisión a la esposa, sin el privilegio de despacharla cuando no la quiera?

¿Cómo soportar las impertinencias femeninas, acentuándose con los achaques de la vejez?!

¿Cómo sustentar la virilidad, sin los estímulos del contacto con nuevas compañeras, de preferencia jóvenes y ardientes?!

Los propios discípulos quedaron chocados, creyendo dura semejante disciplina. Y comentaron:

- *Si así es el negocio del hombre con su mujer, no conviene casarse.*

Respondió Jesús:

- *No todos pueden aceptar este concepto, sino aquellos a quienes es dado.*

Hay los hombres-instinto.

Viven en función de los llamados placeres de la carne, envolviendo particularmente el sexo. Son promiscuos. Ven, en cualquier mujer dotada de atractivos físicos, una aventura en potencial.

Hay los hombres-sentimiento.

Buscan la comunión auténtica en el relacionamiento afectivo, envolviendo, más allá del sexo, el compañerismo, la amistad, la capacidad de donarse en favor del ser amado.

Estos pueden entender a Jesús, cuando habla de monogamia e indisolubilidad del casamiento.

El Maestro aprovechó la oportunidad para abordar un tema paralelo, proclamando:

- Porque hay eunucos que nacieron así del vientre de su madre; y hay eunucos, que son hechos por los hombres; y hay eunucos que se castraron a sí mismos por causa del Reino de los cielos...

Eunuco, como sabe el apreciado lector, es el individuo impotente, cuyas glándulas sexuales están atrofiadas o fueron extraídas.

Jesús se reporta a tres tipos de eunucos:

- Los que nacieron así.

En virtud de una deficiencia fisiológica congénita, están impedidos de una vida sexual normal.

Ciertamente, guardan una embarazosa duda:

- ¿Por qué?

Otra, decididamente perturbadora:

- ¿Por qué a mí?

Si aceptamos la existencia de Dios y sabemos que es absolutamente justo, será imposible responder a esas dudas sin admitir la reencarnación.

El eunuco congénito está en rescate kármico. Paga por errores de pasadas existencias.

El libertino, aferrados con aventuras en los dominios del sexo, que eligió la irresponsabilidad por patrón de conducta, siendo candidato para renacer con problemas de esa naturaleza.

La imposibilidad de dar salida a sus impulsos lo ayudará a refrenar sus tendencias, al mismo tiempo que lo situará en conflictos íntimos, como tormentas reparadoras en su Espíritu.

- Los eunucos, hechos por los hombres.

En el pasado, potentados orientales tenían en sus palacios una dependencia especial, el harén, donde disfrutaban de mujeres seleccionadas de entre las más bellas. Para protegerlas y al mismo tiempo evitar que huyesen, eran montados fuertes esquemas de seguridad.

¿Pero, como impedir que los propios guardas molestasen o sedujesen a las mujeres? Solución simple: eran castrados, convirtiéndose en impotentes.

En ese segundo grupo podemos situar otro tipo de eunuco, envolviendo a las órdenes religiosas que imponen la castidad.

Es lo que situaríamos como castración moral, también generadora de conflictos, dado que el individuo puede tener una aptitud para la vida religiosa, sin vocación para la castidad y el celibato.

Frecuentemente genera problemas.

Pasada la fase heroica, del empeño por seguir tan rígida imposición, cuando cesa la lucha íntima por forzar un comportamiento para la cual no está preparado, el religioso podrá:

Caer en la hipocresía, fingiendo castidad. Desistir de sus votos e ir a cuidar de su vida.

Celibato y castidad no encuentran respaldo en las tradiciones cristianas. Discípulos de Jesús, que pontificaron en el movimiento inicial, eran casados, tenían una vida sexual, cuidaban de la familia, comenzando por el propio Simón Pedro, que la ortodoxia religiosa lo sitúa como el primer papa.

En la primitiva iglesia, sacerdotes, obispos y diáconos, como los demás miembros contratados en el mantenimiento del servicio, constituían una familia, sin ningún inconveniente. Al contrario, era hasta deseable, colocándolos a salvo de las tentaciones.

Otra ventaja: el relacionamiento conyugal les daba la experiencia necesaria para cuidar de problemas familiares de los fieles.

- Los que se hicieron eunucos por causa del Reino de los Cielos.

Espíritus superiores, participando de sagradas tareas en el Bien, se hacen castos para producir más y mejor.

En la energía sexual se manifiesta el impulso creador, estimulado por la búsqueda de placer que, según Freud, es el móvil de nuestras acciones. El hombre común se realiza, canalizándola para los dominios de las sensaciones, en el éxtasis de la comunión física que genera hijos.

El hombre superior se realiza canalizando la energía sexual para gloriosas realizaciones en los dominios del arte, de la ciencia, de la religión, de la filosofía...

Tenemos en Francisco Cándido Xavier un ejemplo típico. Me acuerdo de que, cierta vez, en una entrevista, reveló que jamás experimentó un orgasmo. Pero, ciertamente, habrá experimentado incontables éxtasis, el placer del Espíritu superior que sublimó el impulso creador.

Liberándose de las imposiciones del sexo carnal, se hace agente del Cielo fecundando la Humanidad para las realizaciones supremas de la Virtud y del Bien.

En la adolescencia, cuando el Espíritu despierta para la experiencia terrestre, en plenitud de energías, el impulso sexual, como elemento de perpetuación de la especie, tiende a manifestarse fuertemente, estimulando la comunión carnal. Con el pasar del tiempo, se enfría el ardor físico, pero no cesa el impulso creador del sexo. Es cuando somos convidados a sublimar la energía sexual, en favor de las realizaciones más nobles.

La vejez genera serios problemas para sí mismo cuando no atiende a la sabia orientación de la Naturaleza y pretende sustentar la virilidad de la juventud, llamando para los estímulos de las aventuras extraconyugales y del sexo promiscuo, comprometiéndose en desvíos que le impondrán amargas rectificaciones.

Acabará por descubrir que hay mucho más placer y una satisfacción mucho más duradera en la comunión de ideales, envolviendo personas que se deciden a nobles realizaciones en el campo del Bien y de la Verdad que aferrados en la fugaz comunión carnal.

Es a partir de esa constatación que comienzan a surgir los eunucos por causa del Reino de los Cielos, en gloriosa jornada de animalidad para lo angelical.

4.- YA VIMOS ESA PELÍCULA

Lucas, 18:15-17

Marcos, 10:13-16

Mateo, 19:13-15

Jesús transmitía sus enseñanzas, preparando los corazones para el Reino de Dios, cuando algunos niños fueron colocados delante suyo, a fin de que los bendijese.

Era costumbre entre los judíos que los hombres santos administrasen sus bendiciones – una evocación de la protección divina sobre niños y adultos.

El acto de bendecir se enraizó en el cristianismo, extendiéndose al propio relacionamiento familiar, envolviendo padres e hijos.

No son pocos los que guardan, en el tesoro de los recuerdos más tiernos de la infancia, expresiones así:

- ¡Le “bendiga”, padre!
- ¡Dios te bendiga, hijo!
- ¡La “bendiga”, madre!
- ¡Dios te bendiga, hijo!

¡Los niños podían dormir tranquilos!

¡Estaba presente la protección divina, evocada por los padres!

Gente con manías de originalidad contesta el acto de bendecir, bajo la alegación de que tiende a establecer barreras entre padres e hijos. El que bendice se sitúa encima de aquel que es bendecido. Eso impide la comunión afectiva.

Llevada a las últimas consecuencias esa orientación, deberíamos eliminar toda disciplina en el hogar, ya que, cualquier iniciativa en este sentido representaría el ejercicio indebido de autoritarismo, levantando barreras entre adultos y niños.

¡Ah, esos doctos!

Cuando el cerebro se separa del corazón, pierde el rumbo y se adentra por extraños caminos.

Raciocinios de esa naturaleza impiden una de las más bellas manifestaciones de afectividad en el hogar:

Los hijos que piden la bendición de sus padres. Los padres que bendicen a sus hijos.

Los discípulos se molestaban con la presencia de los niños, pero Jesús los contuvo:

- Dejad venir a mí a los niños, porque de ellos es el Reino de Dios. En verdad os digo que aquel que no reciba el Reino de Dios como un niño, de modo alguno entrará en él.

Abrazando a los pequeños, los bendijo, imponiéndoles las manos. Situaba, así, a los niños como el símbolo de las condiciones necesarias para entrar en el Reino de Dios.

Bien, en principio, una pregunta:

¿Dónde está?

Si no lo sabes, amigo lector, no te preocupes. En otro pasaje evangélico (Lucas, 17:21), el propio Maestro informa:

- El Reino de Dios está dentro de vosotros.

Entonces, no se trata de un lugar geográfico, en la Tierra o el

otro lugar.

¡Es un estado de consciencia!

El cielo está en algún lugar, en nuestro universo íntimo. Obviamente, el infierno también. Diríamos que son realizaciones personales, condicionadas a lo que pensamos y hacemos.

¡Una señora vivía aislada e infeliz! Se decía mal amada...

El marido no le prestaba atención; los hijos no la respetaban; los vecinos eran envidiosos; la gente de su iglesia actuaba con falsedad; su vida, ¡un tormento! Cuando desencarnó, por una cuestión de afinidad, ella, que cultivaba un infierno en su corazón, se vio en una región de sufrimientos. Allí, más que nunca, se sentía infeliz. Mal amada...

Reclamaba que Dios no le escuchaba las oraciones. Se veía rodeada de gente atormentada; se revelaba contra el destino ingrato, se sumergía en un océano de aflicciones...

Después de mucho sufrir, brilló en su corazón un rayo de humildad. Lavó el corazón con lágrimas de arrepentimiento, implorando la benevolencia divina.

Inmediatamente fue socorrida por benefactores espirituales que la llevaron para un lugar reparador, en una maravillosa colonia espiritual. Allí vivía en una comunidad feliz y ajustada, que observaba integralmente el Evangelio, cultivando los valores del Bien.

La señora estaba satisfecha... por algún tiempo.

En breve cayó en los tormentos en la que estaba habituada... Mal amada...

Nadie le prestaba atención... Había falsedad en las personas...

¡La letanía de siempre!

Viviendo en auténtico paraíso, permanencia en el infierno que sustentaba en sí misma.

En un Viejo Tema, Vicente de Carvalho (1866- 1924) expresa esa arraigada condición humana: la incapacidad de ser felices por no valorizar lo que la vida nos ofrece.

Solo la leve esperanza, en toda la vida, disfraza la pena de vivir, en nada;
ni es más la existencia, resumida, que una gran esperanza malograda.

El eterno sueño del alma desterrada, sueño que la trae ansiosa y extasiada, y una hora feliz, siempre aplazada, y que no llega nunca en toda la vida.

Esa felicidad que suponemos, árbol milagroso que soñamos, toda adornada de dorados pomos, existe, sí; pero nosotros no la alcanzamos porque está siempre apenas donde la ponemos y nunca la ponemos donde nosotros estamos.

Donde estemos, en la Tierra o en el más allá, sustentaremos el cielo o el infierno, construyendo en la intimidad de nuestro ser con las herramientas del cerebro y del corazón, teniendo por material lo que pensamos y sentimos.

Para ingresar en la recóndita región de nuestro universo interior, donde está el Reino de Dios, es preciso una señal.

Ser como los niños – revela Jesús.

Hay algo inherente en la naturaleza infantil que debemos imitar para abrir las puertas del paraíso interior.

La señal se compone de dos virtudes.

* Pureza

El niño no es malicioso, no ve el mal en el comportamiento ajeno, no se complace con la maledicencia, no guarda resentimientos, desconoce la hipocresía. Es capaz de relacionarse con cualquier persona, independiente del color, raza, nacionalidad, religión, posición social...

* Simplicidad.

El niño no se siente infeliz por vivir en una sencilla cabaña. Se divierte tanto con el palo de una escoba hecho caballo, como lo haría el niño rico en un palacio, moviéndose en un patinete motorizado.

Para entrar en el Reino de Dios, en la intimidad de nosotros mismos, es preciso rescatar al niño que fuimos, aprisionado en la tela de las ambiciones, de los vicios y de las maldades.

Evidentemente, no es fácil.

Como dijo André Luiz, contra la pálida chispa de luz del presente, simbolizada por el deseo de mejorar, hay montañas de tinieblas del pasado.

Proclama el apóstol Pablo (Romanos, 7:19):

El bien que yo quiero, no lo hago. El mal que no deseo, ese yo lo hago.

Hemos visto esa película, en la extensión de múltiples existencias. Cambian los escenarios, pero el enredo es siempre es mismo:

Empezamos la vida como “mozuelos”, dispuestos a cambiar el mundo. Terminamos como “bandidos”, comprometidos

por vicios y males.

Es necesario producir una película diferente, en los estudios de la Vida. Preservar en los buenos propósitos...

Luchar contra nuestras tendencias inferiores... Conservar fidelidad al Bien...

Cultivar ideales que nos permitan sustentar la simplicidad y la pureza de los verdes años.

“Mozuelos”, jamás “Bandidos”.

Bien aventurados, jamás mal amados.

En el Cielo, aunque enfrentando las dificultades de la Tierra.

5.- ALGO MUY PELIGROSO

Con la bendición de los niños, terminó la predicación. Se acercó un simpático joven.

Lucas, 18:18-25

Marcos, 10:17-23

Mateo, 19:16-24

Se impresionó con lo que le fue dado escuchar y se mostraba emocionado, entusiasmado incluso, al punto de dirigirse a Jesús:

- *¿Buen Maestro, que debo hacer para alcanzar la Vida Eterna?*

Interesante la expresión vida eterna.

Desde el punto de vista reencarnatorio, sería superar el ciclo de las vidas sucesivas. Vivir en altos planos del infinito, sin la necesidad de esa lija gruesa que es la experiencia carnal, con su cortejo de males y dolores. Tal vez el joven se refería a eso, ya que la reencarnación no era extraña al judaísmo.

Jesús lo contempló con simpatía y respondió:

- *¿Por qué me llamas bueno? ¿Nadie es bueno sino Dios?*

Dejaba bien claro, como lo hacía en muchas oportunidades, que no era Dios, desautorizando futuras especulaciones de los teólogos medievales, que pretendían hacer de Jesús una encarnación divina.

El diálogo prosigue:

- *Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos.*

- *¿Cuáles Señor?*

- *No matarás. No adulterarás. No hurtarás. No dirás falso testimonio. Honra al padre y a la madre...*

- *Todo esto guardé desde mi juventud; ¿qué más me falta?*

- *Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; después, ven y sígueme.*

Y oyendo el joven estas palabras, se fue triste, porque tenía muchas posesiones. Entonces Jesús dijo a sus discípulos:

- *De cierto os digo, que el rico difícilmente entrará en el Reino de los cielos. Pero os digo, que es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que el rico entrar en el Reino de Dios.*

¡Idea espantosa!

¡Imposible un camello pasar por el ojo de una aguja!

¿Estaba Jesús diciendo que el rico jamás irá para el Cielo? No es del todo así.

Podemos atenuar el rigor de la expresión, recordando el significado de las palabras camello y aguja, en aquel tiempo.

Camello -bramante grueso. Imposible pasarlo por el ojo de una aguja. Tal vez deshilándolo...

Aguja – entrada para peatones, abierta en los muros que rodeaban las ciudades. Era muy estrecha para pasar animales de gran porte. Tal vez, con algún esfuerzo, después de un tiempo el camello en un balneario...

Resumiendo...

El rico puede entrar en el Reino de los Cielos, pero.... Es complicado.

El Reino, como sabemos, es aquel estado de alma marcado

por el equilibrio, la serenidad, la alegría, el buen ánimo...

Varios caminos han sido andados por los hombres, de conformidad con su cultura, conocimientos y madurez, en busca de esa iluminación interior.

- * Para el faquir indio: La mortificación física.
- * Para el cristiano medieval: La soledad contemplativa.
- * Para el antiguo egipcio:

El culto a los muertos y a la propia muerte.

- * Para el sabio griego:

La reflexión especulativa.

- * Para el católico:

El culto y la comunión con los santos.

- * Para el evangélico:

La fe en Jesús.

- * Para el espírita:

La práctica de la caridad.

Hay esos y otros caminos propuestos, algunos ingenuos, otros confusos y hasta tortuosos, pero respetables todos ellos, como experiencias en la búsqueda del Reino.

De cualquier forma, aquellos que están buscando se sitúan delante de los que aún no se decidieron. Estos, que constituyen la mayoría, permanecen entregados a la indiferencia, a la indolencia y a la comodidad. Pierden tiempo, marcan paso en los caminos de la evolución. Aun para el futuro remoto las realizaciones más nobles, hasta que el Dolor, la gran maestra, venga a despertarlos.

Según Jesús, hay un obstáculo común una piedra en el camino del Reino, que acostumbra a causar dificultades.

La riqueza.

Es que, para ser conquistada, acumulada y preservada, exige un amplio involucramiento con los negocios, con los intereses materiales. En esa selva sombría, el hombre rico tiende a comprometerse moralmente, resbalando para la deshonestidad, la corrupción, el abuso de poder, la explotación del prójimo...

Aunque se mantenga íntegro, estará sometido a tantas tensiones y problemas, exigiendo su rápida acción, energía, en constante desgaste emocional y mental, que difícilmente tendrá condiciones íntimas para pensar en el Reino.

Evidentemente, no se puede condenar a la riqueza, ya que sería absurdo, como comenta Allan Kardec, en El Evangelio Según el Espiritismo, pretender que Dios la colocó en el Mundo como un instrumento fatal de perdición.

El propio Codificador esclarece que su conquista exige el desarrollo de la inteligencia, que dará al hombre mejores condiciones para comprender las verdades morales, estimulándolo a la propia renovación. Y la riqueza puede ser usada con mucho provecho, promoviendo al progreso y al bienestar de la Humanidad.

Sabemos cuánto el dinero puede hacer en este sentido.

En los Estados Unidos, millonarios donan sumas fabulosas en favor de fundaciones, institutos de investigación, escuelas, asociaciones de socorro a la pobreza...

Ricos, cuando son generosos, se habilitan a una acogida festiva

en la Espiritualidad. El problema es que raros son los que llegan allá de conciencia tranquila, exentos de compromisos morales. No es por otra razón que los grandes misionarios acostumbran a escoger una posición social modesta, sin apearse a la riqueza, a fin de no dificultar la propia tarea.

Podemos concluir que la riqueza es una experiencia difícil – verdadera provocación. Paradoxalmente, una provocación deseada.

Consulto al lector. Que prefiere:

¿Ser rico y tener salud, o ser podre y tuberculoso?

Tal vez seas una excepción, escogiendo la segunda opción. La primera, es muy preferible, no es fácil.

El pobre, por las propias limitaciones a que la Vida lo somete, por las privaciones que experimenta, se sitúa, naturalmente, en proceso de renovación.

Ya el rico no dependerá tanto de lo que la Vida le ofrezca, pero mucho más de lo que él va a ofrecerle. El problema es que difícilmente tendrá tiempo y disposición para descubrir lo que la Vida espera de él.

*** Significativo que Jesús, en la oración dominical, no dice:

La riqueza nuestra da cada día, dánosla hoy.

Solo el pan.

Sugiere que pidamos a Dios nos ayude a conquistar lo necesario, viviendo en simplicidad.

Exactamente como lo expresa Juan de Dios: No os pido la miseria aborrecida,

ni tamaña riqueza que me tienta,

dame, Señor, lo necesario a la vida, que seré felizmente.

6.- AL LADO DE JESÚS

Mateo, 20:20-28

Marcos, 10:35-45

El nombre de Salomé evoca a la joven que bailó para Herodes, pidiendo una macabra recompensa: la cabeza de Juan Bautista.

Un pequeño detalle:

En el Evangelio no registra su nombre. Quien lo declina es Flavio Josefo, historiador judío.

La Salomé de la epopeya evangélica era una respetable señora, esposa de Zebedeo y madre de los apóstoles Santiago y Juan. Discípula fiel de Jesús, estuvo presente en el Drama del Calvario; participó en el sepulcro y fue una de las mujeres que fueron testigos del desaparecimiento de su cuerpo.

Algunos historiadores consideran la posibilidad de Salomé ser hermana de María de Nazaret o, tal vez, su sobrina. Jesús estaría unida a ella y a sus hijos por lazos de consanguinidad.

Encantada con el mensaje evangélico, Salomé se entusiasmaba con el Reino Divino que Jesús vino a instituir y pensaba en el futuro de los hijos. A semejanza de los demás discípulos, no tenía la idea muy clara al respecto del asunto.

Estaban todos imbuidos en el espíritu de raza, de las tradiciones de los profetas, que proclamaban, desde hace siglos, la venida del mensajero divino, que liberaría a Israel del yugo romano y la elevaría a su gloriosa destinación.

Como toda madre, Salomé deseaba lo mejor para los hijos. Esperaba, por tanto, una situación de destaque para Juan y

Santiago, en la nueva orden.

Eran jóvenes, fuertes, inteligentes...

Serían sus principales elegidos, cuando Jesús fuese coronado rey...

*** Tanto alimentó esa fantasía que no se contuvo.

En presencia de los miembros del colegio apostólico, se dirigió a Jesús, diciéndole que tenía algo que pedir:

Él la contempló con serenidad, ciertamente adivinando lo que vendría:

- *¿Qué quieres?*

- *Di que se sienten estos dos hijos míos, el uno a tu mano derecha, y el otro a tu izquierda, en tu Reino.*

Si no fuese el Maestro un profundo conocedor de la naturaleza humana y, ciertamente, estaría muy aborrecido. Tantas lecciones, tantos ejemplos...

¡Salomé no entendió nada!

Raciocinaba en términos de inmediatismo, de intereses humanos, envolviendo prestigio y poder, sin asimilar lo que se esperaba de los seguidores del Evangelio.

Contempló los presentes, que escuchaban vivamente interesados, y comentó:

- *No sabéis lo que pedís. Dirigiéndose a los hermanos:*

- *¿Podéis beber el vaso que yo tengo que beber? Ambos respondieron, sin dudar:*

- *Si, Señor, podemos beber.*

- *Sin duda beberéis mi cáliz. Pero el sentaros a mi mano derecha y a mi izquierda, no es mío darlo, sino a los que está aparejado por mi Padre.*

Podemos definir el cáliz como las experiencias impuestas por la Vida. En algunas ocasiones, amargo, como la hiel.

En otras, dulce, como la miel.

El cáliz de Jesús, en la extensión de su apostolado, sería amargo. Enfrentaría humillaciones y burlas, estaría solo en sus testimonios finales y moriría en la cruz.

Los dos hermanos beberían de su cáliz. Experimentarían duros testimonios, semejantes a los que le serían impuestos.

Ambos fueron víctimas de las persecuciones al cristianismo naciente. Santiago fue el primer apóstol a ser martirizado, decapitado en el año 44, a mando de un príncipe judío. Pero solamente Dios podría decidir de sus méritos o cual sería la posición de ambos en el Reino. Eso significa que del punto de vista espiritual el valor de un hombre no está en el cáliz que le fue reservado. Depende de cómo bebe su contenido, de cómo se comporta ante los desafíos de la Vida.

El hombre más humilde en la Tierra podrá ser el más importante en el Cielo.

Malba Tahan se reporta al asunto al relatar la historia de un rabí, famoso por su palabra fácil y fluida. ¡Dios brillaba en sus labios!

Cierta vez, en un sueño, se sintió transportado a las regiones espirituales y allí constató que su situación era inferior a la de un joven, poco asiduo frequentador de la sinagoga.

Al despertar, quedó intrigado:

- ¡Yo, alguien destacado en la comunidad, interprete de la Ley, orientador espiritual del pueblo, debajo de alguien que raramente aparece!

Decidió ir a su casa, a fin de descifrar el enigma.

Allí supo que el joven cuidaba de padres mayores y enfermos. Dotado de piedad filial raramente observada, dedicaba sus horas libres en cuidar a los padres, dándoles atención y cariño.

Entonces el rabí entendió por qué estaba en una posición inferior. Él tenía Dios en los labios.

El joven estaba mejor: Tenía Dios en el corazón.

Los miembros del colegio apostólico se indignaron con los dos hermanos.

¡Qué atrevimiento! ¡Pretendieron los primeros lugares!

El ambiente se turbó. Acusaciones fueron intercambiadas. Se instaló la discusión. Serenamente, Jesús observó durante algún tiempo la lamentable discusión.

Después, pidiendo silencio, habló, claramente:

- Sabéis que reyes y gobiernos dominan sobre sus vasallos e imponen su voluntad, Así, entretanto, no debe ser entre vosotros. Quien quiera ser grande sea aquel que sirve; quien quiera ser el primero sea el siervo de todos. Es así como el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.

Imaginemos el acto de servir como una contribución económica o la donación de algunas horas de trabajo en una entidad asistencial, en un servicio en favor al prójimo.

¡Nada de eso!

Servir no es un programa para cumplir, con hora marcada y lugar determinado.

Se trata de una manera de ser, en todas las horas y en todos los lugares, comenzando por el elemental cuidado con

aquellos que habitan bajo el mismo techo.

Dígase de paso:

Dulce como la miel o amargo como la hiel, la mejor manera de beber el cáliz de la vida es con espíritu de servicio.

Quien el Bien sirve, es servido por el Bien.

Detalle importante:

Los problemas de relacionamiento humano transcurren, generalmente, de la ausencia del espíritu de servicio.

Comienza en el hogar.

Con pocas excepciones, el niño encara cualquier compromiso, hasta incluso el de guardar sus juguetes, como intolerable prepotencia de los padres.

El adolescente quiere morirse cuando le pasan tareas elementales, como ayudar en la limpieza u ordenar su cuarto.

La ama de casa decreta un estado de calamidad cuando falta la mujer de la limpieza.

El marido se siente por encima de cualquier compromiso en el hogar, proclamando que le compete luchar por el pan de cada día.

En el ambiente profesional, los trabajadores más conscientes y dedicados son tomados por aduladores y servidores por sus compañeros de trabajo.

En la vida comunitaria, muchos reclaman del poder público, pidiendo ayudas relacionadas con problemas comunitarios. Pocos se disponen a ayudar voluntariamente para resolverlos.

Hay incontables tratados de psicología, sociología y economía para explicar y sugerir soluciones para las injusticias sociales, la miseria y el infortunio que se propagan en la sociedad, sin ningún resultado práctico.

¿Para qué tratados?

Necesitamos solamente del cumplimiento de esa cartilla divina – El Evangelio, donde está bien claro que el espíritu de servicio es la base fundamental para la edificación de una sociedad igualitaria, justa, y feliz.

Cuando todos estemos empeñados en hacer algo en favor del hogar, de la sociedad, de la pobreza, edificaremos el paraíso en la Tierra.

Quedamos maravillados cuando encontramos niños, jóvenes y adultos dispuestos a la colaboración ilimitada, haciendo lo mejor en favor del hogar y de la sociedad.

¿Serán estos de paso por la Tierra?

¡Nada de eso!

Es gente como nosotros.

Se distinguen solo porque ya aprendieron que el espíritu de servicio es la llave mágica que acierta el compás de la vida, ajustándonos al ritmo de la armonía universal.

Exactamente como enseña Gabriela Mistral, en El placer de servir: Toda la Naturaleza es un anhelo de servicio.

Sirve la nube, sirve el viento, sirve el surco Donde haya un árbol para plantar, plántalo tú; Donde haya un error que corregir, corrígelo tú:

Donde haya una tarea que todos rechacen, acéptala tú.

Se tú quien quita la piedra del camino, el odio de los corazones y las dificultades de los problemas.

Hay la alegría de ser sincero, la alegría de ser justo; hay, sobre todo, la incomparable alegría de servir.

Como sería triste el Mundo si todo ya estuviese hecho. Si no hubiese un rosal para plantar, una iniciativa que desarrollar.

No te seduzcan solamente las obras fáciles.

Es bello hacer lo que otros rechazan hacer. No cometas, pues, el error de pensar que solo tiene merecimiento realizar las grandes obras; hay pequeñas ayudas que son buenos servicios; adornar una mesa, ordenas unos libros, peinar a un niño...

Aquél es quien critica, este es quien destruye. Se tú quien sirve. El servir no es solo de seres inferiores.

Dios, que nos da el fruto y la luz, sirve siempre. Podría llamarse El Servidor. Y tiene sus ojos fijos en nuestras manos, y nos pregunta todos los días:

¿Serviste hoy? ¿A quién?

¿Al árbol? ¿A tu amigo? ¿A tus familiares?

7.- BARTIMEO, EL CIEGO.

Mateo, 20:29-34

Marcos, 10:46-52

Lucas, 18:35-43

Jericó, conocida como la Ciudad de las Palmeras, está localizada en Cisjordania, margen occidental del Río Jordán. Es considerada la ciudad más antigua del Mundo. Habría sido construida hace ocho mil años, mucho antes de los tiempos bíblicos.

Dos episodios destacados hacen referencia, en la Biblia. El primero, una fantasía.

Habla sobre una conquista material, que habría ocurrido hace cerca de tres mil doscientos años.

La ciudad fue sitiada por las tropas de Josué, jefe judío sucesor de Moisés. Protegida por muros altos y fuertes, se prevía una prolongada resistencia.

Siguiendo la orientación de Jehová, siete sacerdotes judíos tocaron trompetas en las cercanías de los muros, durante siete días. En el séptimo día, hubo un momento en que, sonando al son estridente, soldados y civiles que rodeaban la ciudad dieron un gran grito.

Los muros no resistieron. Cayeron, fragorosamente.

Cumpliendo “piadosa” determinación de Jehová, los invasores pasaron por la espada a hombres y mujeres, niños y viejos, bueyes, ovejas y burros, como era el hábito de los belicosos hijos de Abraham.

El segundo episodio, más ameno, confiable y significativo, habla sobre una realización espiritual.

Llegaba Jesús a la ciudad, acompañado de sus discípulos y de una gran multitud. Era cada vez mayor el número de personas que lo seguían en sus andanzas, atraídas por los prodigios que realizaba.

He aquí que un ciego, de nombre Bartimeo, comenzó a clamar, en altas voces:

- *¡Jesús, hijo de David, ten compasión de mí!*

Algunas personas le ordenaron que se callase, a fin de no perturbar el grupo que pasaba. No obstante, maravillado por la presencia del Mesías, insistía:

- *¡Jesús, hijo de David, ten compasión de mí!*

¿Por qué hijo de David?

¿No era José su padre?

No hay nada de errado. Según las tradiciones, el Mesías sería descendiente del famoso rey, una de las figuras eminentes de la historia judaica.

El ciego reiteraba:

- *¡Jesús, hijo de David, ten compasión de mí!*

Escuchándolo, el Maestro pidió que lo llevaran a su presencia. El ciego fue llamado. Le dijeron:

- *¡Ten buen ánimo! ¡Levántate! Él te llama.*

Destaca el evangelista Marcos que, deshaciéndose de la capa que usaba, Bartimeo se levantó de un salto y se aproximó.

Jesús le preguntó:

- *¿Qué quieres que yo te haga?*

- *Maestro, yo quiero ver.*

Compadeciéndose del mendigo, Jesús lo curó:

- *Ve en paz, tu fe te salvó.*

En el mismo instante Bartimeo fue agraciado con el regalo de la visión y, conforme la narrativa evangélica, pasó a acompañar al grupo, glorificando a Dios.

Tenemos, en este episodio, una de las curas espectaculares realizadas por Jesús. Ejercitaba el pase, practica largamente difundida en el medio espírita, una transfusión de energía magnética.

Uno de los problemas que envuelven la salud humana es la desvitalización.

La jornada terrestre es repleta de problemas, luchas y dificultades, lo que es natural, vivimos en un planeta de expiaciones y pruebas.

Ocurre que, en frente de nuestras limitaciones, tenemos dificultades para lidiar con esos contratiempos. Estamos nerviosos, tensos, irritados, desanimados, desconsolados, pesimistas...

Ese estado negativo implica una pérdida de vitalidad, semejante al accidentado que sufre una hemorragia. Fragilizados, abrimos puertas a influencias espirituales y desajustes variados.

La Medicina cuida superficialmente de los males que le son consecuentes.

El pase tiene una acción más efectiva, fortaleciendo nuestro psiquismo, algo semejante a los beneficios de la transfusión de sangre, en una persona anémica.

No es necesario un don especial para aplicar magnetismo. Solamente tener salud, estar en paz, no cultivar vicios, tener moderación y disposición de servir.

El poder de cura no se subordina a la intensidad de los fluidos magnéticos. Mucho más importante es la calidad, a partir de la dedicación al servicio y al cultivo de un comportamiento espiritualizado, recto, digno, con lo que el pasista se habilitará al apoyo indispensable de los mentores espirituales.

Detalle que no debemos olvidar:

Tan o más importante que la capacidad del pasista es la receptividad del paciente. En el pasaje citado y en otras, Jesús hace referencia a la fe como vehículo de cura.

Podríamos definirla como confianza plena. Y la llave para abrir nuestro mundo íntimo, estableciendo la unión entre nosotros y el pasista, habilitándonos a recibir el beneficio. Por eso, cuando nos sometemos a ese tratamiento, debemos ver delante de nosotros no la figura del pasista, sino el representante de la espiritualidad, que tanto más nos beneficiará por su intermedio, cuanto más elevados sean nuestros sentimientos, en la posición mental de quien confía en lo Alto.

Importante evitar las exageraciones.

Bartimeo tenía una capa que usaba como una esterilla para sentarse a la vera del camino, mendigando.

Hay quien vea en su actitud, dispensándola al ser llamado por Jesús, algo de la renuncia necesaria para que seamos

beneficiados. Eso significaría que el enfermo debe demostrar su fe limitándose al tratamiento espiritual.

¡Peligroso equívoco!

No tenemos pasistas con potencial para realizar prodigios como Jesús, y estamos lejos de aquella fe capaz de transportar montañas. Por otro lado, no debemos olvidar que la Medicina también es obra de Dios. Por tanto, cuando descartamos la terapia convencional, privilegiando la espiritual, estamos recusando un instrumento divino en favor de nuestra salud.

¡Ambas vienen de Dios! ¡Ambas se completan!

Multitudes buscan, en los Centros Espíritas, el poder regenerador del pase magnético. Las reuniones más concurridas son aquellas donde hay ese servicio, irresistible atracción.

Buscan el hospital.

Se entusiasman, pero luego se apartan, atendiendo a uno, de entre dos motivos:

* Sanaron.

No necesitan más de sus servicios.

* No sanaron.

Buscan otro servicio.

Felices los que divisan la escuela.

Estos encuentran en los conceptos espíritas respuestas a las preguntas que perturban a mucha gente:

* ¿De dónde venimos?

- * ¿Qué hacemos aquí?
- * ¿Para dónde vamos?
- * ¿Cómo compatibilizar la justicia divina con las injusticias de la tierra?
- * ¿Si Dios es la bondad suprema, como explicar el mal?
- * ¿Es posible ser feliz, incluso enfrentando tribulaciones?

Si alumnos aplicados, cambian enteramente los rumbos de su existencia, como ciegos que comienzan a ver. De ellos podemos decir, a semejanza de lo que ocurre con Bartimeo:

Llenos de júbilo, se integran en las bendecidas laboras del Centro Espírita, rindiendo gracias al Creador por las dádivas recibidas.

8.- EL PUBLICANO ATRIBULADO

Lucas, 19:1-10

Los cobradores de impuestos, llamados publicanos, eran detestados como ladrones y traidores, al servicio del dominador romano.

En sus andanzas, hubo un conmovedor encuentro de Jesús con uno de ellos, de nombre Zaqueo.

No era un simple cobrador de impuestos; sino el jefe del servicio en toda la región de Jericó. Movía largar suma de dinero, lo que hacía con extrema habilidad, aumentando siempre sus patrimonios.

Con todo, como acostumbra ocurrir con aquellos que se dedican a los bienes efímeros, experimentaba una permanente tensión. Cuando el dinero dejaba de ser parte de la vida para convertirse en la finalidad de ella, todo se complica...

El oro acumulado era un peso en su corazón... Peor, le pesaba también en la consciencia.

No siempre obró con sinceridad en el trato con los contribuyentes. No era raro, abusaba de personas endeudadas que, en la desesperación, le vendían sus bienes por precios irrisorios.

Hacia “negocios brillantes”. Excelentes para quien compra. Pésimos para quien vende.

Más allá de eso, se sentía incomodado con el desprecio de sus hermanos de raza.

Últimamente se animó a escuchar hablar de un hombre

llamado Jesús, que andaba por Galilea, dotado de poderes prodigiosos, curaba leprosos, levantaba paralíticos, calmaba tempestades, resucitaba muertos...

Su palabra vibrante era la propia voz del Cielo, calmando inquietudes y convocando a los hombres de buena voluntad para la construcción del Reino de Dios.

Llamaba a todos de hermanos, hijos de un padre celeste, que trabaja incesantemente por el bien de todos, sin preferencias, ni preconceptos.

El rico jefe de los publicanos oía, maravillado, aquellas informaciones. Se emocionó con el relato hecho por alguien que escuchó a Jesús, referente a un hijo rebelde que dejó la casa de su padre y se fue lejos, donde gastó los bienes que recibió por herencia.

Arrepentido, volvió a la casa paterna, donde, no obstante, su deserción, fue recibido con fiestas.

Se sentía, el mismo, el hijo prodigo...

Ansiaba conversar con Jesús. Sería el divisor de aguas, que imprimiría un nuevo rumbo a su existencia.

Un día vino buenas noticias – el profeta pasaría por Jericó.

Se animó. Aguardó ansioso, procurando mantenerse informado sobre la visita.

Finalmente, llegó el gran día. La ciudad estaba alborotada. La multitud se amontonaba en la calle principal. Gente curiosa, gente necesitada, gente enferma... Todos querían ver al Mensajero, recibir beneficios de sus manos milagrosas.

Zaqueo pensó en enviar a un siervo a su encuentro, convidándolo a su casa. No se atrevió. No se sentía digno, y

tenía dudas en cuanto a la receptividad.

Al final los profetas eran hombres austeros no les gustaba los ricos. Ciertamente no concordarían en visitar a un publicano.

Esperaría pasar las manifestaciones populares. Después iría a su encuentro, rogándole que lo recibiese. Nada lo impedía, pues, de juntarse en aquel momento, al pueblo.

De baja estatura, con tanta gente delante de él, no veía nada. Buscó, en las proximidades, un sicomoro, árbol semejante a la higuera. Alcanzó, decidido, las primeras ramas y se situó como privilegiado observador.

Emocionado, observó al profeta que se acercaba. No tenía más de treinta años, expresión suave, sonrisa fraterna. Contemplándolo, no tuvo dudas. Aquel hombre tenía el remedio para sus angustias.

Para su sorpresa, Jesús paró junto al sicomoro y le dijo:

- *Zaqueo, date prisa, desciende, porque hoy es necesario que me hospede en tu casa.*

Tomado por una incontenida emoción, descendió del árbol. Comprendía ahora que el encuentro no era fortuito. Desde hacía mucho estaba marcado. El profeta ya lo conocía, sabía de sus angustias, tenía algo para darle.... ¡Estaba preparado para seguirlo!

Tan pronto llegaron, acompañados por la multitud, Zaqueo se dirigió a Jesús. A semejanza del discípulo nuevo que se confiesa en público, habló alto y de buen sonido, con la seguridad de quien descubrió nuevos caminos y el valor de quien reformula la existencia:

- *He aquí, Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado.*

El pueblo murmuraba. Muchos se escandalizaban con la presencia del profeta en la casa de Zaqueo. Al final, se trataba de un publicano, un traidor...

Pero Jesús, conociendo bien de cerca los ánimos de la multitud, dijo:

- *Hoy entró la salvación en esta casa. Este también es hijo de Abraham, pues la misión del Hijo del Hombre es salvar a los que estaban perdidos.*

Este notable episodio evangélico nos hace recordar que todos tenemos un encuentro marcado con Jesús, guía y modelo de la Humanidad, según la Doctrina Espírita.

Muchos dicen:

- Ya encontré a Jesús, tuve contacto con sus enseñanzas, frecuento una iglesia cristiana...

¿Será?

Fácil conocer a Jesús: basta leer el Evangelio. Encontrarlo es diferente.

Se trata de un despertar, la iluminación a que se refieren los maestros hindús; aquel momento solemne en que sentimos, en plenitud, el significado de sus lecciones y nos disponemos a cambiar los rumbos de la existencia.

De repente, sentimientos envolviendo ambiciones, riqueza, bienestar y poder pierden la gracia. Intereses inmediatistas, vicios y pasiones dejan de motivarnos.

Agresividad, irritabilidad, resentimiento y rencor son

eliminados, en el diccionario de nuestras emociones.

Angustias, tristezas, pesimismo y desánimo no encuentran más guarida en nuestro corazón.

Cuando todo eso pase, habremos, finalmente, encontrado a Jesús, algo programado por el Cielo desde tiempos inmemoriales, cuando ensayábamos la razón, saliendo de la animalidad instintiva.

9.- LA RESURRECCIÓN DE LÁZARO

Juan, 11:1-54

Extendía Jesús la divulgación de la Buena Nueva en Perea, cuando recibió a un mensajero con el recado de Marta y María, de Betania.

Decía simplemente:

Señor, aquel que amas está enfermo.

Se trataba de Lázaro, el hermano de las dos discípulas. El Maestro no se inquietó:

-Esta enfermedad no es para muerte, sino para gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella.

Después de dos días, dijo a los compañeros:

- *¡Volvamos Judea otra vez!*

Los discípulos estaban aprensivos. La última vez que allí estuvieron hubo amenazas de muerte.

- *Maestro, antes procuraban los judíos apedrearte, ¿y otra vez vas allá?*

Respondió Jesús:

- *¿No tiene el día doce horas? El que anduviere de día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo. Mas el que anduviere de noche, tropieza, porque no hay luz en él.*

Explicaba, por metáfora, que aún no era el momento de morir. El día estaba claro. No llegó la noche del sacrificio.

Y añadiendo:

- *Nuestro amigo Lázaro duerme; mas voy a despertarle del sueño.*

Los discípulos quedaron aliviados.

- *¡Señor, si duermes, salvo estará!*

- *Lázaro ha muerto; y me alegro por vosotros, que yo no haya estado allí, para que creáis; mas vamos a él.*

No obstante, el Maestro aseguró que nada le acontecería, los discípulos sentían malos augurios.

Tomás, llamado Dídimo, comentó con los compañeros: Afirmativa temeraria, considerada la fragilidad del grupo.

En la hora decisiva del testimonio, ocurriría una lamentable desbandada.

*** Llegando a Betania, supieron que Lázaro fue sepultado.

La familia estaba en el periodo de luto, que duraba siete días, según las tradiciones.

Como la ciudad estaba cerca de Jerusalén, prácticamente un suburbio, amigos de allí fueron para las condolencias.

Informada de que Jesús estaba llegando. Marta fue a su encuentro. Emocionada, lamentó:

- *Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto...*

Jesús la consoló, afirmando que los que en él confiaban nunca verían la muerte. Poco después, vino María.

Jesús se conmovió con el sufrimiento de las hermanas. Preguntó dónde estaba Lázaro. Viéndolo verter lágrimas, muchos comentaban:

- *¡Mirad cómo le amaba!*

Lamentaban que Jesús no hubiese llegado a tiempo para evitar su muerte.

Llevado al sepulcro que, según la costumbre, era una cueva excavada en la roca, Jesús pidió que apartasen la piedra que la sellaba.

Marta advirtió:

- *Señor, ya huele mal. Está sepultado hace cuatro días.*

Jesús la tranquilizó, diciéndole que creyese, ya que vería la gloria de Dios. La piedra fue apartada.

El Maestro elevó su mirada y dijo:

- *Padre, gracias te doy que me has oído. Que yo sabía que siempre me oyes; pero por causa de la compañía que está alrededor, lo dije, para que crean que tú me has enviado.*

Y habiendo dicho estas cosas, clamó a gran voz:

- *¡Lázaro, ven fuera!*

Entonces el que había estado muerto, salió, atadas las manos y los pies con vendas; y su rostro estaba envuelto en un sudario.

Jesús encerró el episodio diciendo:

-*Desatadle, y dejadle ir.*

Podemos imaginar el impacto junto a los presentes. ¡Un hombre que vuelve del sepulcro!

Anteriormente, el Maestro realizaba prodigios de la misma naturaleza, con el hijo de una viuda, en Naím y la hija de Jairo, un doctor de la Ley. Pero la muerte acabó de ocurrir. Tal vez ni incluso estuviesen muertos. Engaños ocurrían en la comprobación del fallecimiento.

Allí era diferente.

¡Jesús trajo a Lázaro para la vida, cuatro días después de sepultarlo!

Fue su mayor hecho a los ojos del pueblo, pero también la gota de agua, precipitando los acontecimientos que culminarían con su muerte. El episodio se manifestó en Jerusalén.

Los señores del Sinedrio se reunieron para discutir el asunto.

- *¿Qué hacemos? Porque este hombre hace muchas señales. Si le dejamos así, todos creerán en él; y vendrán los romanos, y quitarán nuestro lugar y la nación.*

No se trataba de un mero temor de represalias. Era la reacción de la cúpula judaica, que se sentía amenazada por aquel taumaturgo atrevido.

Siniestra figura se erguía: Caifás, el sumo sacerdote, que tendría la actuación decisiva en la condenación de Jesús.

- *Vosotros no sabéis nada, ni pensáis que nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación se pierda.*

A partir de allí tuvo inicio la conspiración para eliminar al profeta galileo. La cuestión central al respecto de la relación al episodio, obviamente, la resurrección de Lázaro.

Jesús afirmó que su enfermedad no era para la muerte y, después, que él dormía.

Cuando los discípulos se tranquilizaron, considerando que estaba durmiendo, luego quedaría bien, diciendo que estaba muerto.

Parece incoherente, pero no lo es.

Lázaro estaba en trance letárgico, cuando las funciones orgánicas están extremadamente reducidas, a punto de la persona parecer muerta. Quien lo veía en aquella situación imaginaria contemplar a un cadáver.

Para los hombres, muerto. Para Jesús, durmiendo.

La letargia puede surgir a partir de varios factores:

* Enfermedad grave.

El paciente entra en estado de coma. El organismo desacelera al máximo el funcionamiento, concentrando todas las energías para vencer el mal que está provocando la muerte, en una resistencia desesperada y final.

* Inducción medicinal.

Hay sustancias que provocan el coma artificial. En la célebre historia de Shakespeare, la joven Julieta tomó una poción especial que la dejó con la apariencia de muerta, para que pudiese huir con su amado. La estratagema acabó resultando en una tragedia. Desolado, suponiéndola muerta, Romeo cometió suicidio. Cuando ella despertó, viéndolo muerto, ella se mató también.

* Hipnosis

Individuos sensibles pueden ser inducidos al trance letárgico. Hipnotizadores sin escrúpulos acostumbran a hacer de ellos instrumentos para pantomimas teatrales que tiene éxito.

* Trance mediúmnico.

En determinados desdoblamientos, particularmente en la llamada bilocación, cuando un Espíritu se aparta del cuerpo y se materializa en otro lugar, hay un enorme gasto de energías

del médium, con la ayuda de mentores espirituales. Para tanto, él entra en estado letárgico.

* Autoinducción.

Hay faquires indios que se hacen sepultar vivos. Entran en un estado letárgico por su propia iniciativa. Con el organismo funcionando a un ritmo lento, el consumo de oxígeno es mínimo. De ahí consiguieron sobrevivir por horas y hasta días. Es algo semejante a los animales que hibernan, como el oso polar, que está durmiendo meses, en un sueño profundo, en una auténtica letargia.

Hay personas asustadas con la idea de ser enterradas vivas. Piden:

- ¡Velen mi cuerpo hasta que comience a oler mal!

Es una buena señal, sin duda, pero se puede complicar.

Si el fallecimiento ocurre en un invierno riguroso, repentinamente, tardará algunos días para entrar en descomposición.

No es necesario imponer tal malestar a los familiares. Y llamar al médico que asiste al paciente. Él tendrá condiciones, examinando el cadáver, para informar si el difunto realmente “es difunto”.

El temor de ser enterrado vivo puede ser una experiencia desagradable: hemos permanecido presos al cadáver, después de ser enterrados, en una existencia anterior, en virtud de compromisos con vicios y pasiones.

Es fácil superar ese condicionamiento. Basta que vivamos

virtuosamente, cumpliendo nuestros deberes. Según la expresión de Jesús, es preciso caminar, buscar el auto-perfeccionamiento, la reforma íntima, el esfuerzo en el Bien, mientras es de día, mientras es tiempo de vivir.

Así, cuando llegue la noche, el tiempo de morir, partiremos tranquilos, conciencia en paz, amparados por amigos y familiares que nos acogerán en la vida espiritual.

10.- SEMANA DECISIVA

Mateo, 21:1-11

Marcos, 11:1-11

Lucas, 19:28-44

Juan, 12:12-19

La supuesta resurrección de Lázaro agitaba al pueblo, convenciendo a la multitud de que Jesús era el Mesías. Él se aisló por algún tiempo, probablemente algunas semanas, en Efraín, una pequeña localidad, a veinticinco kilómetros de Jerusalén.

Retornó en la Pascua. Aprovecharía el flujo de peregrinos que comparecían en las festividades, para transmitir sus enseñanzas.

Pasó por Betania, donde estuvo con amigos y discípulos. Después siguió para la Ciudad Santa.

En Betfagé, un lugar junto al Monte de los Olivos recomendó a dos discípulos:

- Id a la aldea que está delante de vosotros, y luego hallaréis una asna atada, y un pollino con ella; desatadla, y traédmelos. Y si alguno os dijere algo, decid: El Señor los ha menester. Y luego los devolverá.

Así fue hecho.

Encontrado al animal, dieron el recado a los propietarios, que dieron consentimiento. Probablemente ya conocían a Jesús y eran simpatizantes.

Jesús montó al burrito y siguieron el viaje.

Tal vez los propios discípulos no hayan, en principio,

entendido el significado de aquel gesto.

Según las costumbres judaicas, cualquier animal a ser utilizado en una ceremonia solemne, de carácter religioso, debería ser salvaje, nunca montado.

Jesús daba aspecto solemne a su entrada en la ciudad santa, pero de forma muy especial.

Llegaba, no como un conquistador, un guerrero armado, montado en un caballo, sino en una misión de paz, sobre un humilde burrito, sin otras armas más allá del amor y de la Sabiduría.

Era la última jornada. En una semana, algunos de los acontecimientos más destacados del Evangelio ocurrirían. Culminarían con la crucifixión, el viernes, y la gloriosa resurrección en el domingo.

Mucha gente se acercaba, incluso porque era grande el flujo de peregrinos que llegaban para las celebraciones. Ramos eran lanzados en las vías de acceso, formando un tapete verde, conforme las costumbres de la época, para el recibimiento de las personas ilustres.

Y el pueblo, entusiasmado, acompañaba las proclamaciones:

- ¡Hosanna al hijo de David!
- ¡Bendito lo que viene en nombre del Señor!
- ¡Hosanna en lo más alto de los cielos!
- ¡Bendito el Reino que viene, de nuestro Padre David!
- ¡Hosanna en lo más alto de los cielos!

Había un entusiasmo. Para muchos, la salvación de Israel

estaba llegando con aquel hombre montado en un burrito.

Los fariseos, siempre temeroso de represalias romanas, y nada satisfechos con aquella movilización popular, reclamaron:

- *Maestro, modera a tus discípulos.*

Jesús respondió:

- *Yo os aseguro que, si ellos se callaran, las piedras gritaran.*

No había como contener el entusiasmo de la multitud. Indignados, enfurecidos los fariseos:

- *Nada se consigue. Todos van detrás de Él.*

*** Jesús se conmovió contemplando Jerusalén.

Confirmando lo que le estaba reservado, conforme reveló anteriormente, dijo:

- *¡Oh! ¡Si en este día también tu conocieses lo que lleva la paz! Ahora, pues, eso está oculto a tus ojos. Pues días vendrán sobre ti en que tus enemigos te cercarán con trincheras, te rodearán y te apretarán de todos los lados. Y derribarán por tierra a ti y a tus hijos que están dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, porque no reconociste el tiempo en que fuiste visitada.*

Lamentablemente, aquellos vaticinios se confirmaron. Rechazando su mensaje de calma y de paz, el judaísmo dominante se irritaría cada vez más al bienestar con Roma, una causa perdida, delante de los ejércitos de la invencible señora del Mundo.

Conforme las previsiones de Jesús, Jerusalén sería arrasada cuarenta años después, por el general romano Tito, que más tarde sería emperador.

No dejaría piedra sobre piedra, destruyendo, inclusive, el templo, que nunca más sería reconstruido. Los judíos serían

dispersados por el mundo, desaparecería el Estado judío que solamente sería reinstalado en 1948, cuando la ONU creó el Estado de Israel.

Lamentablemente, los judíos de hoy conservan el mismo espíritu belicoso de sus ancestrales, en interminables disputas con los países vecinos.

Muchas lágrimas habrían sido evitadas en aquella región conturbada, si el mensaje pacificador del Cristianismo fuese asimilada por los descendientes de Abraham.

El cortejo que acompañaba a Jesús causaba gran agitación en la ciudad. Se aglomeraba el pueblo. Se preguntaba:

- *¿Quién es ese hombre?*

- *Es el profeta Jesús, de Nazaret, en Galilea.*

El Maestro pasó por el Templo, siempre acompañado por la multitud. Maravilló a todos con sus prodigios, curando enfermos, consolando afligidos, y causando exaltación de furia en el personal del Templo.

A la noche, se retiró para Betania con los discípulos, donde pasó la noche.

Cuando analizamos los acontecimientos que se precipitaron, viene la pregunta:

¿Si Jesús tenía plena conciencia de que estaban tramando su muerte, por que retornó a Jerusalén?

¿No sería más provechoso que partiese para su amada Galilea, donde podría continuar, con seguridad y tranquilidad, el bendecido apostolado?

Realmente, el Maestro podría haber tenido una larga vida, lejos de las maquinaciones de los señores del templo. Pero, si lo hiciese así, su trabajo quedaría incompleto.

Lo que dio vitalidad al cristianismo, y permitió al movimiento cristiano sobreponerse a las persecuciones, fue exactamente el empeño de Jesús en vivir sus enseñanzas, disponiéndose, para tanto, al sacrificio de la propia vida.

Sin ese testimonio final, Jesús hubiera sido solamente un profeta judío más.

11.- LA HIGUERA QUE SECÓ

Mateo, 21:18-22

Marcos, 11:12-14, 20-26

Después de la entrada triunfal en Jerusalén, Jesús pasó la noche en Betania. Por la mañana retornó, en compañía de los discípulos.

Viendo una higuera, buscó higos. Nada encontró. Entonces, dijo:

- *¡Nunca más para siempre nazca de ti fruto!*

En la noche, el grupo permaneció en el Monte de los Olivos, entre Jerusalén y Betania.

Por la mañana, pasando nuevamente por la higuera, los discípulos tuvieron una sorpresa: ¡Se secó hasta la raíz!

Y murmuraban:

- *¿Cómo ocurrió tan rápido?*

Pedro, impresionado, comentó:

- *¡Mira Maestro, se secó la higuera que condenaste!*

Jesús respondió:

- *En verdad, en verdad os digo que, si tuviereis fe, y no dudareis, no sólo haréis esto a la higuera; más si a este monte dijereis: Quítate y échate en el mar, será hecho. Y todo lo que pidieréis en oración, creyendo, lo recibiréis.*

Sorprendente el castigo impuesto al árbol.

En sus oraciones, anunciando la venida del Mesías, Juan Bautista decía que todo árbol que no produjese buenos frutos sería cortado y lanzado al fuego. (Mateo, 3:10).

Se reportaba al mal extirpado del corazón humano por el sufrimiento. Imagen fuerte, pero compatible con la lógica.

Estamos sujetos a un mecanismo de causa y efecto que hace retornar para nosotros el bien o el mal que practicamos, a fin de aprender lo que debemos y lo que no debemos hacer. Aquí es diferente.

Jesús, que siempre bendecía, tiene un comportamiento inusitado.

¿Y a quien se dirige?

¿Al criminal, al asesino, al hombre malo?

¡Nada de eso!

¡Condena a un humilde e inocente vegetal!

Chocante, incompatible con su grandeza, principalmente por un detalle, conforme informa el evangelista Marcos: no era tiempo de higos.

Bien, podemos considerar que estamos delante de una interpolación.

Este pasaje no habría acontecido. Fue colocada en los Evangelios, en una determinada época, como censura a la nación judaica, diezmada por los romanos en los años setenta, por no producir frutos de adhesión al cristianismo.

Algo semejante ocurriría en el plano individual. Quien no se convirtiese corría el riesgo de ver secar su propia alma, que de

nada más serviría sino para arder en el infierno.

También podemos admitir que estamos delante de un simbolismo, revestido de acción dramática y chocante para una mejor fijación, recurso usado, frecuentemente, por Jesús.

Los discípulos jamás olvidarían la higuera que secó, representando las intenciones y vocación no realizadas, estériles por inercia de las personas.

Hay espíritas con gran potencial de trabajo que nunca se deciden a “remangarse las mangas”.

Podrían producir frutos bendecidos en las luchas del Bien, pero se demoran en la indiferencia. Se sitúan como higueras estériles. Alguien dirá que no llegó la hora. No es bien así. En cualquier realización, particularmente de carácter espiritual, no hay hora predeterminada.

No hacemos la hora, que se vincula al ejercicio de la voluntad. No somos vegetales, que aguardan una estación apropiada para producir.

Seres pensantes, la conciencia del deber, que nos induce a superar el comportamiento egoísta, es mucho más un ejercicio de la voluntad que una imposición del tiempo.

Espíritus hay que se demoran. Siglos acomodados a sus debilidades y vicios.

Casi la totalidad de la población brasileña es unida al cristianismo, seamos católicos, espíritas, evangélicos...

Sin embargo, estamos lejos de constituir una sociedad cristiana, capaz de erradicar el hambre, la miseria, la injusticia social, males que afligen a tanta gente. ¿Por qué?

Porque las personas no se deciden a vivir en plenitud las enseñanzas de Jesús, en los dominios de la solidaridad.

El Espiritismo nos advierte que es necesario hacer nuestra hora – hora de trabajar, de servir, de renovar, de ayudar, de participar...

Deberíamos preguntarnos, diariamente, a nosotros mismos:

- ¿Estoy haciendo que ocurre la construcción de un mundo mejor, con mi empeño, mi dedicación, mi esfuerzo en favor al prójimo?

Mucho podemos realizar, hasta transportar montañas, si tenemos fe, como enseña Jesús. Hay contestadores, proclamando que oran mucho y poco consiguen. Se equivocan.

Esperan que Dios escuche sus deseos.

Ignoran lo principal, en la oración: Escuchar lo que Dios desea de nosotros. Mientras nuestras oraciones expresen meras llamadas en favor del propio bienestar, experimentaremos frustraciones, incluso porque, generalmente, lo que pedimos está en desacuerdo con lo que necesitamos.

Hay enfermos que anhelan por la cura; el hombre que lucha con acerbos dificultades; el deficiente físico que busca el cuerpo perfecto; la madre que desea librar al hijo de la muerte...

No obstante, enfrentan situaciones compatibles con sus necesidades, en posibilidades, no es raro, inamovibles.

Si oran con la mera intención de modificar el cuadro de sus pruebas, dejarán el santuario de la oración tan infelices como entraron.

Incluso cuando luchamos con situaciones superables, no

podemos esperar que el Cielo lo solucione todo. Dios nos inspira en los caminos a seguir, pero no pretendamos que nos lleve en brazos.

*** Consideremos la afirmación de Jesús sobre el poder de la fe. Digo:

- Señor, tengo fe en ti. ¡Guardo la certeza de que, con tu poder, esta montaña será transportada de aquí para allá!

Espero un minuto, una hora, un año, una vida...

¡El coloso no se va a mover ni un milímetro!

Pero, si confiando en la ayuda de Dios, agarro el carro, la pala y el pico, y me dispongo a desmontarla, podré tardar algún tiempo y exigir mucho trabajo, pero conseguiré mi propósito.

Dios nos da la inspiración, la fuerza, el equilibrio, pero el trabajo de apartar obstáculos y dificultades, a fin de realizar nuestros sueños, es completamente nuestro.

Recuerdo un episodio ilustrativo de un padre francés, cuya iglesia estaba situada en el corazón de una región antes residencial, ahora industrializada.

Muchas fábricas, ningún morador, culto a las moscas. Era necesario traer la iglesia.

¿Cómo hacerlo?

Decir al tempo: ¿transportate de aquí para allá?

Pues fue exactamente lo que él hizo, no por ejercicio de magia, sino con la fe indómita de quien confía en Dios y hacer su parte.

Consiguió un terreno del ayuntamiento y comenzó a

desmontar la iglesia, teja a teja, tocho a tocho, trabajo perseverante, metódico, absorbente...

Comienzo difícil. Solo él y algunos parroquianos. Pero la fe es un fenómeno envolvente.

Decenas de voluntarios fueron atraídos por aquel padre indómito que consiguió llevar su iglesia para la nueva dirección.

Rápidamente, la antigua fue desmontada, transportada y reconstruida en el lugar escogido. Admirable realización de un hombre consciente de que todo es posible cuando nos disponemos a hacer lo mejor, confiando en Dios y en nosotros mismos.

A veces, artistas dotados de sensibilidad, consiguen expresar, en momentos de inspiración, la idea mágica de que todo depende de nosotros.

Es de eso que nos habla Iván Lins, en una famosa canción: Depende de nosotros...

Quien ya fue o aun es niño, Quien cree o tiene esperanza,
Quien hace todo por un mundo mejor... Depende de nosotros,

Que el circo este construido, Que el payaso sea gracioso, Que la risa esté en el aire, Sin que necesitemos soñar,
Que los vientos canten las ramas, Que las flores beban el rocío,

Que el sol descubra más las mañanas. Depende de nosotros,
Si este mundo aún tiene arreglo,

A pesar de lo que el hombre ha hecho, Si la vida sobrevivirá.

Depende de nosotros... Quien ya fue o aun es niño, Quien cree o tiene esperanza,

Quien hace todo por un mundo mejor...

¡Depende de nosotros, amigo lector!

A propósito, permíteme una pregunta impertinente: ¿Qué estás haciendo por un mundo mejor?

12.- DE CESAR Y DE DIOS

Marcos, 12:13-17

Lucas, 20:20-26

Mateo, 22:15-22

Gracias al prestigio de Jesús en aquella semana decisiva, en Jerusalén, gracias a los prodigios que realizaba y a las enseñanzas que administraba.

Después de mucho discutir en cuanto a la manera de neutralizar su acción, los señores del templo articularon una nueva artimaña. Eran maestros en el arte de corromper, de usar ratiocinios astutos para confundir a las personas.

Convocaron a desconocidos discípulos de la escuela rabínica, como a algunos herodianos, partidarios de Herodes, el príncipe judío que gobernaba Galilea, y les confiaron una misión. Era muy sencilla, pero tendría un efecto devastador. Les competía hacer una pregunta a Jesús.

Con apenas algunas palabras habrían de destruir su reputación y lo comprometerían irremediabilmente.

La astuta comitiva apareció en una predicación. Sus miembros lo escucharon atentamente, durante algún tiempo y, cuando surgió la oportunidad, simulando admiración:

- Maestro, sabemos que eres verdadero y que enseñas el camino de Dios a todos los hombres, sin discriminar a nadie. Dinos, entonces; ¿qué te parece, es lícito pagar el tributo a Cesar?

Aparentemente inocente, era una pregunta maliciosa. Cualquier respuesta sería comprometedor.

Si respondía afirmativamente, quedaría desmoralizado junto a

la opinión pública. Inconcebible pagar tributos a los dominadores romanos. Hería profundamente la consciencia nacional y, a veces, fomentaba rebeliones.

¿Cómo admitir al pueblo de Dios subyugado por aquellos paganos groseros y, más allá de eso, pagarles impuestos!?

Si respondiese negativamente, sería denunciado a las autoridades romanas, como agitador.

¡Trampa perfecta!

Pero Jesús, con la sabiduría de siempre, no se rindió.

- *¿Por qué me tentáis? Traedme la moneda para que la vea.*

Se trataba de un denario, moneda que llevaba la imagen de Tiberio Cesar, con la inscripción:

Divus et pontifex maximus (Dios y sumo sacerdote).

El hecho de llevar monedas romanas bien expresaba su hipocresía. Los judíos las evitaban, dado que colocaban al emperador como un dios pagano, contrariando sus creencias.

Mostrándoles el denario que le fue entregado, preguntó Jesús:

- *¿De quién es esta imagen y esta inscripción?*

- *De César.*

Jesús concluyó, magistralmente:

- *Pagad lo que es de César a César; y lo que es de Dios, a Dios.*

Se libraba de la astucia aparentemente infalible con la lógica de una respuesta perfecta, que confundió a sus adversarios.

La moneda tenía la imagen de Cesar, era acuñada por Cesar,

pertenecía a Cesar... Era, por tanto, dinero de Cesar.

Si los propios que estaban preguntando cargaban aquel dinero y lo usaban en sus pagos, implícitamente estaban aceptando la autoridad del emperador, cumpliéndoles someterse a las normas de Roma. De la misma forma, incumbía a los judíos pagar el impuesto divino, el impuesto debido a Dios, por el don de la vida, expresándose en el esfuerzo por cumplir su voluntad.

Decepcionados, sin haber conseguido lo que querían, se retiraron los miembros de la comitiva enviada por los fariseos.

La sabiduría de Jesús no estaba solo para confundir a sus opositores, librándose de los engaños que forjaban...

Siempre más allá, ofreciendo preciosas enseñanzas.

El cristiano es llamado a cumplir los reglamentos y las leyes de la sociedad en que vive, no por imposición del poder civil, sino por dictamen de la propia consciencia, tanto como le compete observar las leyes divinas, practicando todo el bien y evitando todo el mal.

Se pregunta:

¿Debemos siempre respeto a Cesar?

¿No será permitido dejar de cumplir una ley, cuando hiere nuestros intereses?

Desde el punto de vista evangélico, la respuesta es negativa, ya que, aunque haya previsible limitaciones y errores, las leyes humanas representan un empeño de organizar la vida social.

Si cada individuo hace sus propias leyes, obrando de conformidad con sus conveniencias, estaremos retrocediendo

a la barbarie. Y hay un detalle: cuanto mayor la falta de respeto a las leyes, más severas ellas se tornan.

Las personas alegan que no pagan impuestos porque son muy altos. El gobierno hace impuestos altos para compensar los que no pagan.

Solo hay una situación en que somos llamados a la desobediencia civil: cuando las autoridades nos impongan un comportamiento que choca con las leyes divinas.

Un militar estuvo unido a las intrigas oscuras del golpe militar de 1964, situándose como interrogador de presos políticos. Los torturaba impiedosamente para arrancarles las confesiones. Cuando le preguntaron si tenía remordimientos, respondió que no, ya que solo cumplía órdenes.

¿Y dónde esconde su humanidad, el respeto al prójimo, a la integridad física de las personas, principios elementales que deben estar presentes en aquellos que se colocan como defensores de la Ley?

Ciertamente responderá por eso.

La intervención de los Estados Unidos en Vietnam solo acabó cuando la juventud del país se movilizó, recusándose a participar en aquella guerra sucia, que, a pretexto de exaltar el derecho y la justicia, solo defendía los intereses americanos en la región.

Frecuentemente, cuando hay iniciáticas gubernamentales que tocan nuestro bolsillo, oímos personas decir que los gobernantes son unos ladrones y que deberían ser todos fusilados. No obstante, jamás moralizaremos un país yendo

para la agresividad. Las soluciones violentas para los problemas sociales, envolviendo revoluciones, guerras, guerrillas, terrorismo, siempre resultarán en problemas mayores.

Los contestadores de hoy, siempre que apelan para la violencia, si victoriosos, serán los gestores de regímenes indignos mañana.

Ocurre desde siempre.

Hay un ilustrativo axioma:

Cada pueblo tiene el gobierno que merece.

Sean cuales sean las condiciones en que asumieron el poder, los gobernantes son solo representantes de las tendencias del pueblo que gobiernan.

La Alemania de Adolf Hitler surgió como la materialización de los impulsos belicosos y de las pretensiones de superioridad racial del pueblo alemán. Por eso, estaremos siempre promoviendo una inversión de valores, si pretendemos un buen gobierno para tener un pueblo bueno. Primero, trabajemos por ser un buen pueblo, de ciudadanos conscientes, participativos, observando las leyes divinas para que Dios esté presente en las leyes de Cesar.

13.- LOS QUE NO PUEDEN MORIR MÁS

Mateo, 22:23-33

Marcos, 12:18-27

Lucas, 20:27-40

Los saduceos constituían una casta de intelectuales con ideas singulares sobre religión. Admitían solo la Ley Mosaica, formada por los cinco primeros libros del Viejo Testamento; Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio.

Podríamos definirlos como teístas materialistas. Creían en Dios, pero no aceptaban la inmortalidad del alma. Para ellos todo terminaba en la sepultura. Así como los fariseos, tampoco aceptaban a Jesús. No perdían oportunidad para crearle problemas.

Con la deliberada idea de confundirlo, uno de ellos hizo una pregunta sarcástica, que hoy definiríamos como burla, sobre la vida más allá del túmulo, una tonta fantasía para ellos.

- Maestro, Moisés nos escribió que, si el hermano de alguno muriese, y dejase mujer, y no dejase hijos, que su hermano tome su mujer, y levante linaje a su hermano. Fueron pues siete hermanos; y el primero tomó mujer, y muriendo, no dejó simiente; y la tomó el segundo, y murió, y ni aquel tampoco dejó simiente; y el tercero, de la misma manera. Y la tomaron los siete, y tampoco dejaron simiente; a la postre murió también la mujer. En la resurrección, pues, cuando resucitaren, ¿de cuál de ellos será mujer? Porque los siete la tuvieron por mujer.

Para entender la pregunta propuesta es preciso recordar una disciplina judaica: el levirato. Si un hombre muere, sin dejar hijos, su hermano deberá casarse con la viuda, a fin de generar descendencia. Tal orientación podría ser indeseable.

Imaginemos que la cuñada fuese más mayor, de pocas virtudes y hartos defectos...

¡Pero, ay de él si no la aceptase!

Sería llevado a explicarse delante de los ancianos.

Si insistiese en la negativa, la viuda sería orientada a una drástica medida: le quitaría las sandalias de sus pies y le escupiría en la cara.

Desde entonces, del descalzado sería su casa. Diríamos desgraciado. Caería en desgracia. Cuestión de perspectiva. A sus ojos, la desgracia podría estar en aquel casamiento indeseable.

El levirato tenía su razón de ser. Importante favorecer la prole. La nación judaica necesitaba de guerreros para defenderse de sus enemigos.

Inconcebible una mujer sin hijos. Si era viuda, que el cuñado lo solucionase.

La mujer estéril estaba en una situación difícil. El marido podría dejarla u obligarla a vivir con otra. Hoy hay otra mentalidad. A no ser en culturas retrogradadas, se concibe que el casamiento no debe atender a los intereses del Estado, sino a las razones del corazón.

Pregunta propuesta, responde Jesús:

- Los hijos de este mundo se casan y se dan en casamiento; pero aquellos que fueron juzgados dignos de alcanzar la eternidad no se casan ni se dan en casamiento, pues no pueden más morir, ya que son iguales a los ángeles del Cielo.

Curiosa observación – ¿no pueden morir más?

¿Entonces, hay los que mueren más de una vez?

¿Cómo es posible?

Simple, amigo lector: ¡en la reencarnación!

Experimentamos incontables muertes en la extensión de las vidas sucesivas. El Espíritu reencarna: muere para el plano espiritual.

El Espíritu desencarna: muere para el plano físico.

Nacemos y morimos, reencarnamos y desencarnamos, renacemos y “volvemos a morir”, indefinidamente, hasta alcanzar un desarrollo que nos habilite a vivir en altas regiones del Infinito.

Consideremos el Espíritu puro, en la plenitud de sus potencialidades: No se une a alguien – el amor romántico.

Ni a algunos – el amor familia.

Se une a todos – ¡el amor Universal! Su hogar – ¡el Universo!
Su novela – ¡la Vida!

Su familia – ¡los hijos de Dios!

Hasta llegar a ese nivel, tendremos milenios por delante, en permanente aprendizaje en las luchas humanas y, a veces sin cuenta, experimentaremos la muerte.

Dejando de lado el levirato, que ya no se realiza, para alivio de cuñados amenazados, podríamos formular una pregunta semejante:

¿A la luz de la Doctrina Espírita, con quien quedaría el individuo que se casó siete veces?

Bien, consideremos, en principio, que difícilmente alguien se casaría tantas veces por viudez, a no ser el Barba azul, en la historia famosa de Charles Perrault, en Cuentos de Hadas.

Mató seis esposas y se preparaba para liquidar a la séptima, cuando lo mataron los hermanos de ella.

Las personas acostumbran a obrar de forma más civilizada. El casamiento puede convertirse en un campo de batalla.

Marido y mujer tal vez deseen, en determinados momentos, que el conyugue vaya “para el diablo que lo cargue”. Pero no llegan a consumir el conyugicidio.

Matan el matrimonio, lo que es frecuente en estos tiempos de libertad sexual confundida con libertinaje, de casamientos apresados y separaciones aplazadas. Por eso hay personas que se casan cuatro, cinco, seis, siete veces, consagrando el casamiento descartable.

Podemos hasta establecer una secuencia de motivaciones para esas uniones efímeras: Primer casamiento:
Triunfo del amor sobre la inconsecuencia.

Es la prueba de confianza en la legitimidad de la unión.

¡Felices para siempre! ¡Juntos hasta que la muerte nos separe!

¡No sale bien!

Riñas, discusiones, desentendimiento... Se separan. La culpa es del otro. Segundo casamiento:

Triunfo de la esperanza sobre la experiencia. De esta vez será diferente.

¡Felices para siempre! ¡Juntos hasta que la muerte los separe!

¡No sale bien!

Riñas, discusiones, desentendimiento... Se separan. La culpa es del otro. Tercer casamiento:

Triunfo de la obstinación sobre la incompetencia. ¡Finalmente, lo vamos a lograr!

¡Felices para siempre! ¡Juntos hasta que la muerte los separe!

¡No sale bien!

Riñas, discusiones, desentendimiento... Se separan. Ya no puede culpar al cónyuge.

El problema está con él, expresándose en inestabilidad emocional y desorganización para sumir responsabilidades conyugales.

¿Con quién estará en la vida espiritual?

¡Ciertamente, con nadie!

Hará una parada en el umbral, el purgatorio espírita, donde tendrá la oportunidad de reflexionar sobre su frivolidad.

¿Y dentro de la normalidad, aquel que, en virtud del fallecimiento del conyugue, se casó más de una vez y le fue muy bien? ¿Con quién estará en la vida espiritual?

Estará con aquel que más se afine, siempre y cuando ambos se habiliten a vivir en el mismo plano.

En la Tierra tenemos uniones envolviendo Espíritus en niveles de evolución diferentes, unidos, en principio, por el misterio del amor, que opera el prodigio de mezclar vinagre con aceite.

En la espiritualidad prevalece la ley del merecimiento, situando cada Espíritu en plano compatible con sus conquistas espirituales.

El ideal de estar juntos en ciudades como Nuestro hogar, el Shangri-la espírita, donde todos son felices para siempre, solo será alcanzado por matrimonios armonizados, que miraron en la misma dirección, que cultivaron los mismos ideales de renovación y trabajo en el campo del Bien, dispuestos a alcanzar los planos celestes, donde viven los que no

experimentan más la muerte.

14.- EL MANDAMIENTO MAYOR

Mateo, 22:34-40

Marcos, 12:28-34

Primero los herodianos, después los saduceos haciéndole preguntas impertinentes a Jesús, tentando comprometerlo o ridiculizarlo.

Llegaron además de los fariseos, los miembros más importantes del judaísmo. Uno de ellos, que era doctor de la ley, un escriba, alguien versado en las escrituras sagradas, le preguntó:

- *Maestro, ¿cuál es el principal mandamiento de todos?*

Se reportaba a los principios instituidos por Moisés. Eran numerosos, exactamente más de seiscientos trece.

Doscientos cuarenta y ocho positivos, lo que hay hacer. Trescientos sesenta y cinco negativos, lo que no hay que hacer.

Los niños aprendían esas reglas desde las primeras letras, en las sinagogas. Era parte de la educación.

Todo judío integrado en la actividad religiosa debe pronunciar esos mandamientos dos veces al día, por la mañana y al anochecer. Obviamente, no todos, pero un conjunto de ellos sí. De tal forma que acaban siendo decorados. Se creía que todos eran igualmente importantes, no debiendo existir destaque para ninguno.

Tal vez quería el fariseo probar los conocimientos de Jesús o inducirlo a una respuesta que lo comprometiese, como, por ejemplo, proclamar que nada tenía validez, a partir de la revelación de que era portador.

Jesús respondió:

“Amarás pues al Señor tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y de todo tu pensamiento.

*-Este es el principal mandamiento. Y el segundo es semejante a él:
“Amarás a tu prójimo como a ti mismo.*

- En estos dos mandamientos están la Ley y los Profetas.

La primera citación está en Deuteronomio (6:5). La segunda, en Levítico (19:18). Fue uno de los grandes momentos del apostolado de Jesús.

Demostrando, como siempre, perfecto conocimiento de las escrituras sagradas retiró dos mandamientos de la legislación mosaica y los situó como la síntesis del Viejo Testamento y la base fundamental para la construcción del Reino de Dios.

El escriba se admiró:

- Bien, Maestro, verdad has dicho, que uno es Dios, y no hay otro fuera de él; y que amarle de todo corazón, y de todo entendimiento, y de toda el alma, y de todas las fuerzas; y amar al prójimo como a sí mismo, más es que todos los holocaustos y sacrificios.

El culto judío era constituido de ceremonias variadas, marcadas por dos iniciativas:

* Holocausto – el sacrificio de aves y animales, como homenaje a la divinidad.

* Sacrificios – privarse de algo, como la abstención de alimentos, el ayuno.

Al decir que el amor a Dios y al prójimo son los más importantes, el escriba revela haber entendido bien el mensaje y concordado con ella, lo que llevó Jesús a decirle:

- No estás lejos del Reino de Dios.

Proclamando que los dos mandamientos se equivalen, Jesús deja bien claro que amar a Dios es, también, amar al prójimo, o que para amar a Dios es necesario amar al prójimo.

Mil demostraciones de aprecio por un padre serán insignificantes, delante de un gesto de bondad dirigido a su hijo. Y nos da la medida exacta con la cual debemos amar al prójimo para que estemos amando a Dios:

¡Como a nosotros mismos!

Tal vez sea la razón por la cual no amamos al prójimo. Es que no nos amamos a nosotros mismos.

La característica fundamental de nuestra personalidad es el egoísmo. Con el egoísmo puede haber pasión, pero difícilmente habrá lugar para el amor. Hay una diferencia abismal entre ambos.

La pasión se sitúa en los dominios del instinto.

Busca solo la autoafirmación, el placer a cualquier precio, sin perspectivas más nobles, sin reflexiones más allá de la hora presente.

El amor se sitúa en los dominios del sentimiento y solo se realiza con el bien que pueda extender al ser amado. Es por estar apasionado por sí mismo que el individuo se entrega al vicio y al descontrol. Es por estar apasionado por sí mismo que camina por las sendas de la vida como un ciego, tropezando con las piedras del camino. Y por estar apasionado por sí mismo que se comporta como un niño indisciplinado, pataleando porque no le dieron los juguetes deseados, porque la Vida no atendió a sus reivindicaciones.

En lugar de esa pasión desvariada por nosotros mismos, que tanto nos compromete, somos convocados a edificar el amor.

Para eso estamos encarnados en un planeta de materia densa, enfrentando dificultades y limitaciones que actúan como lijas gruesas desbastando nuestras imperfecciones más groseras, comenzando por el egoísmo.

No es fácil, ya que está tan arraigado en nosotros que, generalmente, creemos estar amando, cuando, en verdad, estamos solo siendo egoístas, preocupados con el propio bienestar, con la satisfacción de deseos que no guardan compatibilidad con el buen sentido, ni atienden a los designios divinos.

Cierta vez, hablé con un hombre que quería dejar a la esposa y a los tres hijos, a fin de unirse a una mujer que, a su vez, abandonaría al marido y los dos hijos.

Intenté darle consciencia de la locura que estaba a punto de hacer. Me respondió:

- Ya hice mucho por mi familia. Ahora me toca cuidar un poco de mí mismo. Tengo el derecho de ser feliz.

¡Pobre loco! No sabe que nunca nadie construirá la propia felicidad encima de la infelicidad ajena, principalmente involucrando dos familias y tantos hijos.

Podrá, al principio, bajo el imperio del sexo, en la exaltación de los sentidos, creer que fue la mejor decisión de su vida. Pero, cuando se enfríe la pasión y caiga en sí mismo, amargo será el despertar, reconociendo que solo complicó su destino y que tanto él como su pareja serán llamados a responder por todo el sufrimiento impuesto a las dos familias.

En El libro de los Espíritus, en la pregunta 913, pregunta Allan Kardec:

¿Cuál es, entre todos los vicios, el que puede considerarse como el más pernicioso? Responde el mentor:

- Muchas veces lo dijimos: el egoísmo. De él procede todo el mal. Estudiad cada uno de los vicios y comprobaréis que en el fondo de todos ellos existe el egoísmo. En balde los combatiréis, pues no alcanzaréis a extirparlos en tanto no hayáis atacado el mal en su raíz, destruyendo su causa. Tiendan, pues, todos vuestros esfuerzos hacia ese objetivo, porque allí está la verdadera plaga de la sociedad humana. El que quiera acercarse, ya es esta vida, a la perfección moral, debe arrancar de su corazón todo sentimiento de egoísmo, porque éste es incompatible con la justicia, el amor y la caridad. Él neutraliza todas las demás cualidades.

Al comentar el asunto, Kardec acentúa:

El egoísmo es la fuente de todos los vicios, así como la caridad lo es de todas las virtudes. Eliminar aquél y desarrollar ésta, tal debe ser la meta de todos los esfuerzos del hombre, si desea afianzar su dicha en la Tierra tanto como en el porvenir.

A partir de esas observaciones, Kardec, instituiría como bandera de la Doctrina Espírita la máxima:

Fuera de la Caridad no hay salvación.

15.- ¿QUIÉN PAGA?

Marcos, 12:41-44

Lucas, 21:1-4

En el Patio de las Mujeres, en el templo, en Jerusalén, había las trece arcas del tesoro, con la forma de cuerno de camero, donde los judíos depositan sus contribuciones.

Era parte del culto. Indeclinable deber.

En compañía de los discípulos, Jesús observaba el movimiento, envolviendo personas de todas las clases sociales.

Los más ricos efectuaban contribuciones mayores, no es raro de forma ostensiva. Algunos cambiaban determinada importancia por muchas monedas, de ínfimo valor. Hacían más ruido al ser depositadas.

El objetivo era alardear la contribución, como si dijesen:

- ¡Ved que generoso soy!

Jesús enseñaba que personas así no conseguirían las dádivas celestes. Ya recibieron su recompensa – satisfacer a la propia vanidad.

Surgió, en dado instante, una señora vestida con simplicidad, una viuda pobre. Se acercó, discretamente, y depositó algunas monedas, un valor insignificante.

Después se mezcló entre la multitud.

Jesús, que la observaba, dijo a los discípulos:

- *En verdad os digo, que esta viuda pobre echó más que todos los que han*

echado en el arca; porque todos han echado de lo que les sobra; mas esta, de su pobreza echó todo lo que tenía, todo su alimento.

El episodio evoca un asunto controvertido – la contribución para los servicios religiosos.

El mantenimiento de una iglesia católica, un templo evangélico, un centro espírita, envuelve gastos relacionadas con el agua, luz, teléfono, trabajadores de la limpieza, celador, impresos...

¿Quién lo paga? Obviamente, el adepto, el participante, el beneficiario...

Tomo por referencia, el Centro Espírita Amor y Caridad, de Bauru. Más allá del salón de reuniones para seiscientas personas, hay decenas de salas usadas en cursos, evangelización infantil, jóvenes, tratamientos espirituales, reuniones mediúnicas, estudios, seminarios...

Solo para limpieza y manutención de esas dependencias hay ocho trabajadores. Todo eso implica gastos.

La contribución de los frequentadores, por tanto, no es un favor, ni un ejercicio de generosidad. ¡Es un deber elemental!

A todo nos gusta el ocio y pagamos por ello – televisión, video club, cine, tv por cable, club social, paseos, fiestas, viajes, deporte...

Razonable que destinemos un valor equivalente para algo mucho más importante – las actividades relacionadas con nuestra edificación espiritual.

Hay otro detalle:

El Centro Espírita empeñado en vivenciar los ideales espíritas

fatalmente se vincula al servicio social, ejercitando el espíritu de servicio.

Guarderías, parvularios, albergues, hospitales, escuelas, núcleos de asistencia a la familia, a las embarazadas, al presidiario, al enfermo, proliferan sin cesar en la Siembra Espírita, favoreciendo la formación de una mentalidad solidaria, fundamento básico para que se instale en la Tierra el deseado Reino de Dios. Evidentemente, para que cumplan sus finalidades necesitan recursos financieros.

Lamentablemente, bajo inspiración del egoísmo, que nos hace subestimar nuestros recursos y sobrestimar nuestras necesidades, nunca hay sobras, aparentemente.

Cierta vez, un compañero solicitó un donativo a un rico industrial, para la construcción de un núcleo asistencial en las afueras.

Muy serio, respondió:

- Veo ese trabajo importante y meritorio. Lamentablemente, no podré ayudarte. Estoy involucrado en una inversión de millones. No tengo un centavo disponible...

Otro, comerciante bien puesto, se recusó porque estaba planeando un viaje al exterior con la familia.

- Voy a gastar mucho. Necesito ahorrar...

Cuanto más se tiene, menos sobra. Por eso Jesús dice: lo importante es dar lo que, supuestamente, nos hará falta. Felices aquellos que, a semejanza de la viuda pobre, revelan desprendimiento para dar lo que realmente les es necesario.

La experiencia demuestra que las personas así nunca les faltarán medios de subsistencia. Al final, como enseña el viejo aforismo:

SETENTA VECES SIETE

Quien da a los pobres presta a Dios.

16.- EL DISCÍPULO ENGAÑADO

Consciente de lo que le aguardaba, decía Jesús a los discípulos:

Mateo, 26:1-5, 14-16

Marcos, 14:1-2, 10-11

Lucas, 22:1-6

- Sabéis que de aquí a dos días acontecerá la Pascua y el hijo del Hombre será entregado para ser crucificado.

La idea de que debería ser eliminado tomó cuerpo junto a la cúpula del judaísmo. Que fuese sometido a juicio y condenado a muerte, volviéndose legal la criminal iniciativa.

Lo primero su prisión, debería ocurrir de forma discreta. El profeta galileo contaba con la simpatía del pueblo. Benefició a mucha gente. No sería prudente cualquier acción pasible de generar tumultos, con serias dificultades junto a las autoridades romanas.

Fue cuando entró en escena Judas. Espontáneamente, buscó a los sacerdotes, ofreciéndose para entregarlo a sus verdugos, en la oscuridad de la noche, en un lugar aislado.

Enigmática figura. Poco se sabe de él, más allá del hecho de que lo llamaban Iscariote, para distinguirlo del otro discípulo, Judas Tadeo. El apellido indicaba de donde era: Queriot, en Judea. No era, por tanto, galileo, como los compañeros.

Habiendo ejercido la profesión de comerciante, fue encargado de controlar la economía del grupo, cuidando del dinero.

La tradición lo sitúa como mezquino y avaricioso, pero es difícil creer que Jesús hubiera elegido para su círculo íntimo alguien con ese perfil. Seguramente, esa concepción surgió

posteriormente, inspirada en la indignación de la comunidad cristiana, frente a su lamentable iniciativa.

Judas habría vendido a Jesús por treinta monedas. Equivalía al salario mensual de un trabajador, cuantía insignificante, que de modo alguno justificaba la traición. Más bien podría haber sustraído el dinero del grupo, si lo quisiese.

Hay quien diga que el apóstol lo hizo movido por el resentimiento. Jesús lo habría criticado por su avaricia. Ese argumento carece de fundamento, ya que había un clima de cordialidad en el colegio apostólico. Las amonestaciones del Maestro eran siempre cariñosas, sin carácter de agresividad que justificase tan mala iniciativa.

Algunos cronistas ven en Judas a un mal carácter, pero pieza indispensable en el Drama del Calvario, que exigía un traidor, a semejanza de las tragedias griegas. La fuerza del destino lo habría colocado en aquella posición, en que faltamente cedería a las propias fragilidades.

Esa idea me parece inconsistente. Sería lo mismo que justificar las atrocidades de un delincuente que mata a mucha gente, situándolo como un instrumento de Dios, porque sus víctimas así deben morir. Por otro lado, Judas me parece un personaje secundario, poco más que un figurante.

Si lo eliminamos, nada se perderá, en sustancia y dramatismo, en los acontecimientos que marcaron el final del apostolado mesiánico, incluso porque él no fue el único traidor. Casi todos los que rodeaban a Jesús traicionaron su confianza, en la medida en que se omitían.

El colegio apostólico se separó. Los simpatizantes de su doctrina permanecieron lejos.

Ni incluso los ex -ciegos, mudos, parálíticos, sordos,

beneficiados por sus manos bendecidas, estuvieron presentes.

¡El miedo fue más poderoso y convincente que el deber, la amistad, la gratitud! El miedo niveló a todos, situándolos por indignos beneficiarios de aquel hombre admirable, que, incluso ante la perspectiva de la muerte degradante, no perdió, por un instante siquiera, la serenidad que marcaba su comportamiento.

Solo hay una manera de descubrir las motivaciones de Judas: oír su propio testimonio.

En 1937, en pleno apogeo de su producción mediúmnica, Francisco Cándido Xavier psicografió el libro *Crónicas de Más allá del túmulo*, dictado por el Espíritu Humberto de Campos, famoso y querido escritor brasileiro, miembro de la Academia Brasileira del Letras.

El autor describe, en uno de los capítulos, el viaje que hizo a Jerusalén, sueño muy deseado por muchos cristianos. Transitar por los lugares sagrados, pisar el mismo suelo por donde anduvo Jesús.

Una mujer mayor deseaba, ardientemente, realizar esa peregrinación. El marido, un tanto preocupado con el clima de beligerancia entre árabes y judíos, y más bien con la preservación de sus economías, procuraba evitar la situación.

- Vamos esperar un poco. Viajaremos gratis. Ella se animó:

- ¡Verdad! ¿Alguna promoción?

- No, querida. Es que dentro de algunos años nos libraremos de la carcasa de carne. Invisibles, nadie nos verá en el avión...

Bien, no sabemos si Humberto de Campos viajó gratis, o volando, como lo hacen los Espíritus que ya se libraron del lastre pesado de las pasiones humanas... El hecho es que allá

estuvo, cierta noche. Con la sensibilidad de los desencarnados, experimentó, emocionado, la vibración que aun flotaba sobre aquellos lugares santos, donde Jesús hizo sus gloriosos testimonios.

En dado momento, vio un Espíritu en actitud meditativa. Irradiaba cautivante simpatía, Alguien informó; era Judas. Humberto no se resistió. Se aproximó y, después de presentarse, hizo la pregunta que todos nos gustaría hacer:

- ¿Es verdad todo lo que se dice en el Nuevo Testamento al respecto de su personalidad, en la tragedia de la condición de Jesús?

Judas respondió que en ningún momento pensó en el dinero. Era un apasionado por las ideas socialistas de Jesús. Sin entender los fundamentos del Evangelio, pensaba más en términos políticos, No creía que, con su mansedumbre y el santo horror a la violencia, el Maestro consiguiese algo de productivo. Importante conquistar el poder, a partir de enérgicas iniciativas.

Planeó, entonces, una revolución, colocando a Jesús en un plano secundario. Imaginaba que su prisión provocaría una reacción popular. Con la ayuda de colaboradores afinados con sus convicciones, aprovecharía la oportunidad y alcanzaría sus objetivos, involucrando a la multitud.

Jamás podría imaginar el rumbo que los acontecimientos tomaron. Después de la tragedia, lleno de remordimientos, decidió que el suicidio era la única manera de redimirse.

Judas fue un idealista desviado, imaginando que sería posible eliminar las diferencias sociales y las injusticias en bases de violencia.

Humberto de Campos le preguntaron si el suicidio habría sido suficiente para redimirlo.

Judas explicó que el remordimiento fue solo una disposición preliminar, frente a la reparación que le competía. Durante siglos padeció, en múltiples encarnaciones, el sufrimiento expiatorio. Fue cristiano en existencias que se sucedieron. Sufrió horrores en las persecuciones a los adeptos del Cristianismo.

Sus tormentos culminaron en una hoguera inquisitorial, cuando también fue traicionado, vendido y usurpado, esto ya en pleno siglo XV, cuando cerró el ciclo de sus reencarnaciones expiatorias, con el perdón de la propia consciencia.

Humberto de Campos le preguntó si estaba allí meditando sobre los días pasados.

- Sí, estoy recapitulando los hechos como pasaron. Y ahora, hermanado con Él, que se encuentra en su luminoso Reino de las Alturas, que aún no es de este mundo, siento en estos caminos la marcha de sus pasos divinos. Lo veo aun en la cruz, entregando a Dios su Destino...Siento la clamorosa injusticia de los compañeros que lo abandonaron enteramente y me viene el recuerdo cariñoso de las pocas mujeres que lo ampararon en el doloroso trance.

En todos los homenajes a Él prestados, yo soy siempre la figura repugnante del traidor. Miro complacientemente los que me acusan sin reflexionar si puede tirar la primera piedra... Sobre mi nombre pesa la maldición milenaria, como sobre estos sitios llenos de miseria y de infortunio. Personalmente, estoy saciado de justicia, porque ya fui absuelto por mi consciencia, en el tribunal de suplicios redentores.

- En cuando al Divino Maestro – continuó Judas con llantos-

infinita es su misericordia, y no solo conmigo, porque, si recibí treinta monedas, vendiéndolo a sus verdugos, desde hace muchos siglos Él está siendo criminosamente vendido en el mundo, a lo grande y a lo pequeño, en todos los precios, en todos los patrones de oro amonedado...

Un día, cuando las facultades psíquicas humanas estén más desarrolladas, permitiendo el acceso a los archivos espirituales, que registraron los eventos humanos, tendremos una historiografía espírita.

Reescribiremos la Historia a partir de las informaciones que emanan de la Espiritualidad, con una visión objetiva de como las cosas acontecieron realmente. Entonces, la figura de Judas dejará de simbolizar el traidor execrable que vendió a su maestro por dinero. Sabremos que fue el discípulo engañado, que pretendió construir el Reino de los Cielos a su manera.

En su favor, como él mismo destaca, debemos recordar que Jesús continúa siendo traicionado por incontables religiosos que sustentan inconcebible coexistencia entre los ideales cristianos y sus maldades.

Llegó el tiempo de los testimonios, en que el Hijo del Hombre sería glorificado por el martirio, según sus previsiones.

Conforme la parábola, el grano de trigo debería morir, para multiplicarse en bendiciones de renovación en favor de la Humanidad.

Serian momentos decisivos para la propia suerte del Cristianismo, marcados por la fidelidad de Jesús en el mensaje que transmitió a lo largo de tres años.

Es otra historia...

Preguntas Frecuentes sobre Espiritismo Libro Qué es el Espiritismo

Si tienes cualquier duda, encuentras algún error en el libro o quieres comunicarnos cualquier otra cuestión puedes escribirnos a:

info@cursoespirita.com

